



la chica del F.B.I.



adam surray



El auto era un «Oldsmobile» del año 70. Serie «Toronado». Pese a su relativa antigüedad era uno de los modelos más lujosos que circulaban por el mercado. Motor de cuatro cañones y transmisión, automática. Potentes faros delanteros, luces de cola y paneles traseros. Diferentes salidas para el aire acondicionado e infinidad de detalles en el tablero de instrumentos.

Un coche de lujo.

Digno de un magnate de la industria, de un
play-boy
de viuda rica o de un aristocrático «hijo de papá».



Adam Surray

La chica del F. B. I.

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1198

ePub r1.0

Titivillus 02-12-2019

Título original: *La chica del F. B. I.*

Adam Surray, 1973

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El auto era un «Oldsmobile» del año 70. Serie «Toronado». Pese a su relativa antigüedad era uno de los modelos más lujosos que circulaban por el mercado. Motor de cuatro cañones y transmisión, automática. Potentes faros delanteros, luces de cola y paneles traseros. Diferentes salidas para el aire acondicionado e infinidad de detalles en el tablero de instrumentos.

Un coche de lujo.

Digno de un magnate de la industria, de un

play-boy

de viuda rica o de un aristocrático «hijo de papá».

Sin embargo, el hombre que conducía el vehículo no pertenecía a ninguna de las tres especies mencionadas. Su rostro era de lo más vulgar. Frente estrecha, ojos de siniestro brillo y mandíbula caída. Su coeficiente de inteligencia no parecía ser muy elevado. Llevaba las manos enguantadas.

El «Toronado» circulaba por un camino vecinal próximo a San Bruno. Localidad de unos treinta mil habitantes cercana a San Francisco. En el estado de California. El tráfico era casi nulo, no obstante, el coche rodaba a una prudente velocidad. Insignificante para su potencia.

El hombre fijó los ojos en un botón del salpicadero.

Lo presionó.

Aquél mando hizo saltar un oculto cenicero a la vez que ofrecía un cigarrillo ya encendido. Todo automático.

El hombre rió estúpidamente ante aquel descubrimiento que le hizo desorbitar los ojos. Un hilillo de baba asomó por la comisura de sus labios. Giró la cabeza dirigiendo una fugaz mirada al asiento trasero.

—¡Eh, nena...! ¿Has visto eso? ¡El cigarrillo ha salido encendido! ¿No es estupendo? Siempre soñé con tener un coche, así. ¡Incluso mejor! Como el del agente 007. Le llamaban Bond, ¿verdad? Me entusiasmaron sus películas. Las vi todas. ¿Y tú, Elizabeth?

La mujer que permanecía en el asiento trasero no respondió.

No podía hacerlo.

Un pañuelo taponaba brutalmente su boca.

De estar libre de la mordaza, tampoco hubiera hablado. Estaba muda de terror. Su bello rostro desencajado por el fantasma del miedo. Era muy joven. De unos veinte años de edad. Sus ojos negros estaban fijos en el conductor. Reflejándose en ellos un indescriptible terror.

El hombre volvió a reír.

Guturalmente.

Prestando de nuevo atención a la longitudinal carretera.

—Infiernos... Por un momento había olvidado que no puedes responderme. Tranquila. Ya estamos llegando, nena. Es una cabaña muy bonita y solitaria. Allí dejarás de sufrir.

Los ojos de la muchacha se nublaron. El terror se acentuó en sus facciones al escuchar aquellas palabras.

«Allí dejarás de sufrir».

Comprendió el significado.

El hombre accionó el mando de la radio. Al momento escuchó la voz del locutor. Una voz nerviosa, aunque bien timbrada. Hablaba con vehemencia. Con deliberada afección.

—... Sigue en poder del misterioso asesino que se autodenomina con el nombre de Kanchar. Elizabeth Koster es la tercera víctima del sádico asesino. Lo absurdo, doloroso y triste, es que el FBI nada ha conseguido. Continúa dando golpes de ciego. ¿Puede dar el asesino más facilidades? ¿Qué quiere el Federal Bureau of Investigation? ¿Que el propio Kanchar se entregue atado de pies y manos? La más poderosa organización en la lucha contra el crimen se ve impotente para contener la orgía de sangre y violencia desencadenada por el diabólico Kanchar. El asesino se comunica telefónicamente con el inspector Brian Hendry, del FBI. Le indica el lugar dónde hallará a las víctimas. El inspector Hendry, que personalmente dirige el caso, nada ha conseguido. Solicita de la opinión pública paciencia y serenidad. ¿Paciencia, inspector Hendry? ¿Esperar? ¿Acaso ignora que en estos momentos Elizabeth Koster puede ser ya cadáver? Es preciso...

El hombre pulsó un botón cambiando la emisora.

Música *pop*.

Los Hollies, en su viejo tema *Long Cool Woman*, sustituyeron a la

voz del locutor.

—¿Has oído eso, Elizabeth? Aquel fulano hablaba de ti. Es un bocazas. Creen que la misión del inspector Hendry es fácil. No es tan sencillo cazarle. Nadie conseguirá atrapar a Kanchar. Pero ellos quieren resultados. Atacan al FBI. Pobre inspector Hendry... Debe estar muy desmoralizado.

El coche pasó ante una placa donde se indicaba el servicio de *telephone* a media milla de distancia.

El individuo sonrió.

Giró la cabeza para dirigir una rápida mirada a la muchacha.

—¿Sabes una cosa, nena? ¿Qué te parece si telefoneo al bueno de Hendry para darle ánimos? Me lo agradecerá. Es un tipo simpático. Le conozco bien, ¿sabes? Hemos mantenido varias conversaciones. No muy largas, por supuesto. No debo darles tiempo a que localicen la llamada. Le llamé cuando lo de Doris Logan y Bertha Simmons. El inspector Hendry se desesperaba cada vez que oía mi voz. Al pagar el rescate de Doris creyó encontrar a la muchacha con vida. No fue así. Encontraron su cadáver. Yo la maté. Doris... Aún la recuerdo... Los ojos del hombre brillaron satánicos. De nuevo un hilillo de nauseabunda baba corrió por su colgante mandíbula.

Elizabeth Koster, maniatada y amordazada en el asiento posterior, tembló aterrorizada; pero también una leve esperanza anidó en su corazón. Si aquel hombre cometía la locura de llamar al FBI tal vez sirviera de pista al inspector Hendry.

Cercarían toda la zona de San Bruno.

Pero...

¿Llegarían a tiempo de salvarla?

¿La encontrarían con vida?

La cabina de teléfonos se divisó a lo lejos. El «Toronado» fue aminorando la marcha hasta detenerse a un lado de la cuneta.

El individuo descendió del vehículo para introducirse en la cabina no sin antes dirigir una mirada a la muchacha. Elizabeth permanecía con la cabeza apoyada en el cristal. Con sus atemorizados ojos fijos en el hombre. Le vio despojarse del guante correspondiente a su mano derecha para rebuscar unas monedas que introdujo en el aparato.

Antes de atrapar el auricular volvió a ajustarse el negro guante. Discó un número en el dial.

Habló apenas descolgaron al otro lado.

—Aquí Kanchar. Quiero rápida comunicación con el inspector Hendry.

El que estaba al otro lado del hilo no formuló objeción alguna. Ni una sola palabra. Ésa era la orden recibida. Cualquier vacilación, demora deliberada o palabras vanas harían que Kanchar cortara la comunicación. Era preciso seguir sus indicaciones.

Ésa era la orden dada por el inspector Brian Hendry.

Su voz llegó a los pocos segundos.

—¿Dónde estás, hijo de perra?

Kanchar rió divertido.

—Infiernos, Hendry... ¿Qué le ocurre? ¿Está de mal humor por los ataques de la Prensa? Ignórelos. Son estúpidos. Yo sé lo difícil que le resulta dar conmigo.

—Escucha con atención, maldito —silabeó el inspector del FBI—. Tarde o temprano te daré caza. Daré contigo, aunque tenga que bajar al mismísimo infierno. Juro que no descansaré hasta...

—Cierre la boca, Hendry. Estoy perdiendo mucho tiempo. Y eso no es bueno para mí. Elizabeth Koster está ahora conmigo.

—¿Con vida?

—Oh, sí... Dentro de seis horas le llamaré de nuevo para indicarle dónde encontrará el cadáver.

—¡Maldito bastardo...! Si te atreves a hacer algún daño a esa muchacha...

Una satánica carcajada interrumpió al inspector Hendry. Le llegó la burlona voz del individuo.

—Hasta pronto, Hendry. Elizabeth me espera impaciente.

Kanchar depositó el auricular en la horquilla recuperando las monedas sobrantes.

Abandonó la cabina para introducirse de nuevo en el auto.

El «Toronado» reanudó la marcha.

—Ya falta menos, nena. La cabaña está a un par de millas.

Elizabeth Koster palideció de terror.

Su leve esperanza de salvación se había desvanecido. La conversación con el inspector Hendry había sido muy corta. No le habría dado tiempo de localizar el origen de la llamada.

La cabaña estaba próxima.

«Allí dejarás de sufrir».

La muchacha se estremeció de pies a cabeza. También recordó lo ocurrido a Doris Logan y Bertha Simmons. Las dos primeras víctimas de Kanchar. Monstruosamente asesinadas. Mutilados sus cuerpos...

Elizabeth Koster cerró los ojos.

Le esperaba la más horrible de las muertes.

* * *

La cabaña resultó ser un magnífico *bungalow* cercano al lago. Semioculto en el interior de una frondosa pineda. Solitario. Ideal para practicar la caza o pesca. También ideal para matar.

Un sendero llegaba hasta la misma puerta de la vivienda. Contiguo al *bungalow* estaba el barracón para estacionar el coche. La construcción era sólida, predominando la madera. Con amplio porche y ventanas enrejadas. Al viejo estilo californiano.

El «Toronado» se detuvo a pocas yardas del porche.

El hombre abandonó el vehículo para abrir la portezuela correspondiente a la atemorizada Elizabeth Koster. Atada manos y pies. Con la fuerte mordaza desfigurando su bello rostro.

Kanchar la alzó en brazos.

Sin apenas esfuerzo.

Para su férrea complexión el peso de la muchacha nada significaba.

—¿Qué te parece la casa, nena? Maravillosa, ¿verdad? Su propietario es uno de esos cerdos forrados de dólares. La utiliza muy poco. Algún aislado fin de semana. Cuando consigue engatusar a alguna chica. Lo dicho, nena, El propietario es un marrano. Yo odio a los fulanos con dinero, ¿sabes? Debe ser porque yo jamás he tenido un centavo.

El hombre rió autocoreando sus palabras.

Se encaminó hacia el porche llevando a Elizabeth en sus brazos. Subió los dos escalones. Hizo que los pies de la joven se posaran sobre el entablado, pero sin dejar de aprisionarla. Sosteniéndola con el brazo izquierdo. Introdujo la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta para extraer un pequeño llavero.

Con una de las llaves franqueó la puerta de entrada. De nuevo cargó con Elizabeth traspasando el umbral.

Kanchar trazó una semicircular mirada. Acentuando el satánico

brillo de sus ojos.

Un reducido *living* conducía al amplio salón que permanecía con las puertas abiertas e iluminado por la claridad del día que se filtraba a raudales por el ventanal. Aún faltaban algunas horas para el atardecer.

El salón-comedor magníficamente amueblado. De acorde con la refinada decoración. Transparentes cortinajes protegían el ventanal *bow window*. Surtido mueble-bar e incluso leña en la chimenea.

El hombre depositó a Elizabeth Koster sobre el largo sofá que se alzaba en el centro de la estancia.

La muchacha lucía un corto vestido de línea estructurada, en satén de algodón de color verde. Escote en «v» que termina donde empieza la abotonadura de presillas.

La corta falda, dada la posición de Elizabeth, dejaba al descubierto sus piernas de esbeltos muslos enfundadas en medias de nylon.

Las enguantadas manos del individuo manipularon para liberar a Elizabeth de la cuerda que presionaba sus tobillos.

Los ojos de Kanchar adquirieron un lascivo brillo.

Devorándola con la mirada.

Sonrió.

—Eres muy bonita, nena... Yo siempre te he admirado... Lamento en verdad que la víctima elegida seas tú. Tienes que morir.

La muchacha se debatía inútilmente.

Sus manos continuaban atadas a la espalda. Quería hablar. Suplicar por su vida. Implorar piedad... Pero la mordaza mantenía taponada su boca. En sus negros ojos sí se leía una muda súplica.

Una súplica que no era escuchada.

De pronto aquellos ojos pasaron a reflejar un indescriptible terror. Desorbitados por el miedo.

Kanchar tenía en sus manos un largo cuchillo enfundado en artística vaina. Una especie de machete de estrecha y curvada hoja. La empuñadura con piedras brillantes incrustadas y terminando en una figura que representaba la cabeza de un diablo.

La cabeza de Satán.

—¿Te gusta, Elizabeth?

Había desenfundado el cuchillo.

La afilada hoja destelló. También la diminuta cabeza que representaba a Satán, los ojos formados por pequeños brillantes,

parecía haber cobrado vida propia. Sobresalían dos afilados y cortos cuernos.

El hombre se inclinó sobre Elizabeth.

Acentuando la satánica sonrisa de sus labios.

Con el cuchillo hizo saltar los dos botones superiores del vestido.

La muchacha volvió a debatirse.

Kanchar soltó el cuchillo para liberar a Elizabeth de la mordaza.

También él se despojó de los negros guantes.

La mujer respiró entrecortadamente. Su busto subía y bajaba descompasado. Quiso gritar. Ahora podía hacerlo. Lo intentó. Pero ningún sonido brotó de su garganta. El terror la paralizaba por completo.

No podía gritar.

—¿Qué te ocurre, nena? ¿No me dices nada? Estamos solos. Ésta es la única cabaña de los alrededores.

Sólo cuando vio al individuo abalanzarse sobre ella escapó el desgarrador grito de la garganta de Elizabeth. Forcejeó en vano hasta hacer sangrar sus muñecas en desesperado intento por zafarse de las cuerdas.

Volvió a gritar.

Con todas sus fuerzas.

Desesperadamente.

Sintió que los labios del hombre se posaban sobre los suyos. Con brutalidad.

Aplastando su boca y cortando así sus gritos de auxilio.

Elizabeth cerró los ojos.

Creyendo así escapar a la realidad.

Ignoraba el tiempo transcurrido. Cuando volvió a abrirlos descubrió el largo cuchillo a poca distancia de su garganta. También vio el rostro de Kanchar desencajado en horrible mueca.

Volvió a gritar.

Su alarido se entremezcló con un ronco estertor.

El cuchillo había sido hundido en su garganta.

Una y otra vez.

El asesino, que había vuelto a ajustarse los negros guante, reía en satánica carcajada. Enloquecido por aquélla orgía de sangre. Rojas manchas salpicaban el sofá. Elizabeth Koster estaba muerta, pero él no parecía haberse percatado de ello.

La afilada hoja buscaba sádicamente el cuerpo de la muchacha. Sin conocer la piedad.

Se incorporó jadeante.

Con torpe paso se encaminó hacia una mesa donde estaba instalado el teléfono. Su mano derecha, con el guante teñido en rojo, atrapó el auricular. El dedo índice recorrió el dial.

Sonrió.

—Aquí Kanchar. Quiero rápida comunicación con el inspector Hendry.

CAPÍTULO II

El Federal Bureau of Investigation ocupaba las ocho plantas de un moderno edificio enclavado en el centro de San Francisco. Reinaba una gran actividad en todas las secciones. Principalmente en la de comunicaciones.

Hombres de rostro sudoroso, en mangas de camisa, fumando cigarrillo tras cigarrillo, maldiciendo y renegando...

Eran agentes del FBI.

Muy distintos a los

G-men

de las películas de *gangsters* de los años treinta. No tan eufóricos como Eddie Constantine en su papel de victorioso agente especial del FBI.

—¿Cómo va eso, Curtis?

—Bien, inspector. Antes de una hora estaremos en condiciones de localizar cualquier llamada en un tiempo récord. Sin necesidad de intervenir la central telefónica. Desde cualquier lugar de San Francisco que comuniquen será descubierto por la computadora en breves minutos. Ya casi he concluido la instalación.

—Procura terminar en cuarenta y cinco minutos.

—Tenemos tiempo, señor. Más de cuatro horas. Kanchar dijo que llamaría al cabo de seis horas y tan sólo han transcurrido...

—Limítate a obedecer, Curtis.

—Sí, señor.

Brian Hendry atravesó la sala de comunicaciones para encaminarse hacia una puerta semividriera. Dos hombres permanecían en el interior de la estancia. Contemplando un mapa mural de San Francisco y sus alrededores.

Ambos giraron ante la entrada del inspector Hendry.

—¿Alguna novedad, Lowell?

Barry Lowell, treinta años de edad, rostro de correctas facciones, pelo rubio y ojos azules. Aspecto aniñado. Muy engañoso. Lowell era el más eficiente

gun-men

de San Francisco. El más peligroso. Experto en karate. Capaz de matar a un hombre con sus manos. Sin utilizar el «Smith & Wesson».

La sonrisa de sus labios y el infantil brillo de aquellos azules ojos resultaban falsos.

Barry Lowell era duro y despiadado en su lucha contra el crimen. Seis años al servicio del FBI, le catalogaban como uno de sus mejores miembros.

—Demasiadas novedades, inspector —respondió Lowell con acritud—. Llevamos contabilizadas doscientas cuarenta llamadas. En su mayoría de solteronas histéricas. También de esquizofrénicos que aseguran ser Kanchar. Estoy movilizand o a todos los hombres con ayuda de la Metropolitan Pólíce. No quiero pasar por alto ninguna de esas llamadas.

—Es perder el tiempo —comentó el otro hombre con cansino ademán—. Las continuas llamadas nos aturden y entorpecen la labor. Atendimos una que parecía tener visos de autenticidad. Un agente acudió allí. Resultó ser una falsa alarma. Gracioso, ¿verdad? A esa misma hora un individuo ataca un colegio femenino de Nob Hill vociferando que él es Kanchar. Un *hippie* nos telefonea desde el Franklin Square y, tras soltamos un sermón sobre el próximo fin del mundo, nos asegura que Ranchar es la reencarnación del Diablo.

Existe psicosis de terror en San Francisco. La Prensa, Radio, Televisión... todos los medios informativos aumentan ese terror con sus crónicas sensacionalistas. La tinta está aún fresca. Grandes titulares. «Elizabeth Koster, asesinada por Kanchar». Esperan morbosamente que aparezca el cadáver para lanzar sus ejemplares a la calle. Sucios bastardos.

Brian Hendry, SAC[1] del Federal Bureau of Investigaron para la metrópoli de San Francisco, se acomodó en el sillón giratorio situado tras una mesa escritorio. Dirigió una penetrante mirada al hombre que había hablado.

—Creo que se encuentra algo cansado, Robertson. ¿Quiere el relevo?

El llamado Robertson apretó las mandíbulas.

—No estoy cansado, señor. Únicamente me desespera el permanecer aquí. Con los brazos cruzados. Atendiendo llamadas de viejas histéricas. Mientras que Kanchar tal vez esté...

—No podemos hacer otra cosa, Robertson. Domine sus nervios.

—Sí, señor.

Los tres hombres quedaron en silencio.

Manteniendo la mirada fija en los teléfonos depositados sobre la mesa.

Uno de ellos era de color rojo. Aquel aparato únicamente sonaría para pasar comunicación del verdadero Kanchar. Se tenía registrada su voz por las anteriores llamadas. Ya era conocida. También su frase de salutación era siempre la misma. «Aquí Kanchar. Quiero rápida comunicación con el inspector Hendry».

Sí.

Aquellas eran sus palabras.

Los agentes al frente de la centralilla estaban alertas. Si escuchaban aquellas palabras no pasarían la comunicación a Lowell o Robertson; sino directamente al teléfono rojo. Al inspector Hendry.

—¿Qué hora es?

—Cinco y diez minutos, inspector.

—¿Cuándo llamó... él? —inquirió de nuevo Hendry.

—Eran las tres y unos minutos. Ya han pasado dos horas desde entonces. Dijo que volvería a telefonar dentro de seis horas. Nos quedan aún cuatro de espera. ¿Ha terminado Curtis de instalar la computadora?

Brian Hendry mesó sus cabellos ya plateados en los aladares. Era un individuo de unos cincuenta y cinco años. Rostro anguloso, pobladas cejas y ojos de inteligente mirada. Su boca de finos labios trazaba una sempiterna línea que denotaba gran energía.

Ingresó en el FBI allá por el año 1942. Eran ya más de treinta años al servicio de la Organización. Ingresó como simple ayudante de archivo. Con el transcurso del tiempo llegó a ocupar un alto cargo en el Departamento de Justicia de Washington donde está instalada la sede del Federal Bureau of Investigation. Trabajó a las órdenes directas de John Edgar Hoover. Fue SAC en Nueva York, Richmond, Tallahassee... Pasó al oeste de los Estados Unidos afincándose en California. Actualmente llevaba cinco años como Agente Especial Encargado en San Francisco.

Respondió a la pregunta formulada por Barry Lowell.

—Calcula que todo estará instalado en una hora. Tenemos más posibilidades, pero si ese maldito Kanchar, se limita a cruzar unas

simples palabras todo se irá al diablo. No tendremos tiempo de localizar la llamada. Todos los adelantos técnicos a nuestro alcance son impotentes para...

De pronto sonó uno de los teléfonos depositados sobre la mesa.

Brian Hendry dio un respingo.

También los dos agentes del FBI contemplaron estupefactos el teléfono rojo. Había encendido el piloto de señal.

Llamaban por el teléfono rojo.

—No puede ser Kanchar... —murmuró Robertson—. No ha transcurrido el plazo de seis horas.

Brian Hendry pulsó una de las palancas del interfono haciendo así que Lowell y Robertson pudieran también oír la conversación.

—Inspector Hendry al habla.

—Hola, inspector. Perdone que me haya anticipado, pero estaba impaciente por comunicarle la noticia.

Hendry sintió la garganta reseca.

Tragó saliva.

Sí.

Aquella voz que llegaba por el interfono correspondía a Kanchar. La conocía bien. Incluso soñaba con ella en noches de pesadillas.

—¿Dónde está Elizabeth?

Se escuchó una satánica risa.

—De ella quería hablarle, Hendry. Ya puede ir a recogerla. Ya he terminado con ella. La encontrará en una cabaña cercana a San Andreas Lake. La primera desviación de la comarcal que conduce a Toods Valley. Allí encontrará el cadáver.

—¡Estás mintiendo, hijo de perra! —exclamó Brian Hendry fuera de sí—. ¡Di que estás mintiendo! Si la chica ha muerto juro que no habrá piedad para ti... Mare que pagues tus repugnantes crímenes...

De nuevo llegó la cruel y diabólica risa por el pequeño altavoz del interfono. Interrumpiendo al inspector.

—Adiós, Hendry. Hasta la próxima. Pronto habrá una cuarta víctima. Pronto Kanchar volverá a matar.

* * *

Brian Hendry, treinta años en el FBI, acostumbrado a la violencia, a

crímenes monstruosos, a enfrentarse con asesinos sin escrúpulos, acostumbrado a todo..., sintió deseos de vomitar. Tuvo que apoyarse en uno de los muebles al comprobar que sus piernas se negaban a sostenerle.

También Peter Robertson experimentó penetrantes náuseas. Tan sólo Barry Lowell, pese a la tenue palidez de sus facciones, se mantuvo aparentemente impasible; no obstante, el infantil brillo de sus azules ojos había desaparecido. Ahora relampagueaban de ira mal contenida.

—Hijo de perra... sucio hijo de perra...

Las palabras de Hendry resonaron en la silenciosa escancia.

Todos permanecían inmóviles.

Contemplando el cadáver de Elizabeth Koster.

La infortunada muchacha tenía las manos atadas a la espalda. Tendida en el sofá. Con las ropas desgarradas y teñidas en sangre. Había sido brutalmente apuñalada. Infinitas heridas cubrían su cuerpo. En sus mejillas se entrecruzaban varios trazos sanguinolentos. Muy finos. Como realizados por un bisturí.

Los ojos de Elizabeth desmesuradamente abiertos. Desorbitados por el terror. La cabeza ladeada.

Los hombres del FBI reaccionaron al macabro y espeluznante espectáculo. Era necesario. Dominando su sorda furia comenzaron la rutina. Los de dactiloscopia iniciaron la búsqueda de posibles huellas. El forense realizó el primer examen superficial al cadáver.

Los ojos de Barry Lowell estaban fijos en el teléfono.

El auricular aparecía con grandes manchas de sangre.

—El muy maldito tuvo la osadía de telefonar desde aquí. Desde el mismo lugar del crimen.

—Sí, Lowell. Y yo me comporté como un principiante —murmuró el inspector Hendry con ronca voz—. Si hubiera dominado mis nervios tal vez la conversación se prolongara, pero al, empezar a gritarle colgó. No pude contenerme.

—De poco hubiera servido, señor. Kanchar nos dio el plazo de seis horas para confiarnos. Actuó antes. No dio tiempo a que Curtis terminara de instalar la computadora.

Peter Robertson intervino.

Sin mucho convencimiento.

—Le daremos caza. Apenas comunicar este domicilio se cercó la

zona. Se controlan todas las entradas a San Francisco. No escapará.
—Tal vez tuvo tiempo de llegar a la ciudad. Puede que ahora esté frente al televisor contemplando a los «Giants» [2]. Hemos fracasado una vez más. Es la tercera víctima —el inspector Hendry se llevó nerviosamente un cigarrillo a los labios—. El asesino se burla de nosotros.

—Por poco tiempo, señor. No siempre saldrá triunfante.

—Lo sé, Lowell, pero podremos esperar a una cuarta víctima. He adoptado una decisión que espero acaten con disciplina.

Lowell y Robertson intercambiaron una mirada.

Esperaron a que Hendry les ampliara algo, pero el inspector permaneció silencioso. Contemplando como el resto de sus hombres ejecutaban las oportunas diligencias. Uno de los agentes, se adelantó.

—El *bungalow* pertenece a un tal Frank Allerson. Con domicilio habitual en el 1287 de Swift Street. Es un famoso *disc-jockeys*, que trabajaba para varias emisoras y canales de televisión.

—Gracias, Perkins.

El hombre se retiró.

Brian Hendry abandonó el *bungalow*. Al llegar al porche inspiró profundamente. A su lado Lowell y Robertson.

Las prematuras sombras de la noche ya habían hecho su aparición. El aire llegaba aromatizado de pinos. Acompañado por el canto de los grillos.

—Bonito lugar para morir...; pero ha sido una fea muerte. Cada vez estoy más convencido de que nos enfrentamos a un peligroso psicópata. A un hombre que mata sin motivo. Sólo por el placer de matar. Para dar satisfacción a su mente enfermiza. Un individuo que quiere burlarse del FBI. Sus llamadas telefónicas, el anticiparnos sus crímenes, el lugar dónde encontraremos a las víctimas... Un esquizofrénico con hipervaloración desmedida que sueña con derrotar al FBI.

El cadáver de Elizabeth Koster fue conducido a la ambulancia.

El forense salió al porche.

Brian Hendry le interrogó con la mirada.

—Poco puedo adelantarle, inspector pero sin temor a equivocarme le diré que el asesino siguió sus anteriores procedimientos. Al igual que con Doris Logan, y. Bertha Simmons. Luego se dedicó a

apuñalar a la víctima. Parece utilizar siempre una misma arma. Un cuchillo largo de estrecha hoja algo curva en la punta. Las heridas de su rostro, éstos, trazos finos, mantienen una misma distancia. Como realizadas por un bisturí de doble punta. Dos finos estiletes paralelos...

—¿Quiere decir que utiliza dos armas? ¿El cuchillo y ese bisturí de doble hoja?

—Es posible. Únicamente puedo afirmar que las heridas del cuerpo, profundas y de gruesa entrada, son diferentes a esos finos trazos del rostro. Ambas no pueden haber sido hechas con un mismo cuchillo. Esta misma noche realizaré la autopsia. Le enviaré el informe, inspector.

Brian Hendry no despegó los labios.

El mismo procedimiento.

Diabólico.

Monstruoso...

¿Para qué formular preguntas? En cuanto a la autopsia... Poco adelantaría el curso de la investigación. Sólo demostraría el grado de sadismo del asesino. Su crueldad.

El inspector se introdujo en un «Pontiac» negro. Barry Lowell se acomodó frente al volante mientras su compañero Robertson lo hacía en el asiento trasero.

El auto se alejó del *bungalow*, enfilando el estrecho sendero que conducía a la carretera comarcal.

Iban en silencio.

Se había dado orden de que todas las cabinas telefónicas, gasolineras, *snacks* y moteles sufrieran minucioso examen. El asesino, antes de llegar al *bungalow*, efectuó una llamada.

No se podía dejar ningún cabo suelto; aunque las esperanzas eran nulas.

En los asesinatos de Doris Logan y Bertha Simmons no se encontró la menor huella.

Kanchar era demasiado astuto.

Diabólicamente inteligente.

La Metropolitan Pólice también había sido movilizada para controlar todas las posibles entradas a San Francisco. Ya próximos a la ciudad se recibió una llamada de radio.

El propio Brian Hendry se hizo cargo del micro.

—Aquí inspector Hendry. Le escucho.

—Sargento Stewart, señor. Coche

A-14.

Hemos encontrado abandonado un «Oldsmobile Toronado». Se había denunciado su robo esta mañana. En el interior un lápiz de labios con las iniciales E.

K. También

un rollo de cuerda. Puede que se trate del auto utilizado por Kanchar.

—De acuerdo. Ahora vamos para ahí. Corto.

Brian Hendry se reclinó en el asiento. Con la mano derecha se dio un ligero masaje en las sienes.

Chasqueó la lengua.

—Otra pista... que de nada nos va a servir. Kanchar es especialista en no dejar huellas. Sin embargo, puedo jurar que no se trata de un profesional. De ahí que resulte tan difícil su captura. Mata sin móvil aparente.

—Daremos con él.

—Lo lamento, Lowell; pero usted y Robertson van a ser relevados del caso.

Barry Lowell desvió los ojos de la carretera. Por un instante dejó de prestar atención al tráfico para dirigir una inquisitiva mirada a su superior.

—¿Qué quiere decir, señor?

—Lo han entendido perfectamente. Son ya tres las víctimas de Kanchar. Contamos con varias pistas que somos incapaces de aprovechar. Doris, Bertha y Elizabeth tenían algo en común. Las tres estaban relacionadas con el *show* de la Garden City. Ciertamente que interrogamos y controlamos a los principales miembros de esta ciudad rodante, pero es imposible una vigilancia de la totalidad de los componentes. Debemos reconocer nuestro fracaso. He comunicado con Washington y están de acuerdo con mi decisión. Les parece bien mi idea.

—¿Podemos conocer esa idea, señor?

—Por supuesto. He solicitado la ayuda de un agente de Nueva York. Barry Lowell entornó los ojos.

—¿Un agente? ¿Qué puede hacer más que nosotros? ¿De quién se trata? ¿Acaso *Supermán* ha fichado por el FBI?

—No le tolero sarcasmos, Lowell.

—Perdone, señor. Pero soy sincero al mostrarle mi asombro. Jamás hemos solicitado ayuda de ningún otro agente fuera de nuestro Departamento de San Francisco.

El inspector Hendry inclinó la cabeza. Por primera vez fue incapaz de mirar fijamente a un subordinado. Sabía el efecto que causarían sus palabras.

—Éste es un agente un poco... especial.

—No le comprendo, señor.

—No deben sorprenderse ni sentirse humillados. No es ninguna novedad. Tal vez lo fuera en el año 1972, pero no ahora. Saben a lo que me refiero, ¿verdad? En ese año se nombraron los primeros agentes femeninos del FBI[3].

Peter Robertson parpadeó boquiabierto.

Lowell aferró con fuerza el volante hasta hacer blanquear los nudillos. Su voz sonó tensa.

—¿Insinúa que...?

—Correcto, Lowell. Les recuerdo las palabras de Patrick Gray, en aquel entonces director del FBI, al designar a los primeros agentes femeninos. «Su misión será exactamente igual a la de los hombres». Por eso he solicitado la colaboración de Stella Garson. Llegará mañana a San Francisco.

—Una mujer... —murmuró Robertson con voz apenas audible.

El inspector asintió con un firme movimiento de cabeza.

—Con la particularidad de que esa mujer es agente del Federal Bureau of Investigation.

CAPÍTULO III

El Aeropuerto Internacional de San Francisco, veinticuatro kilómetros al sudeste de la ciudad, contaba con una gran afluencia de tráfico aéreo. Infinidad de vuelos *Charter*, acudían a San Francisco programados con motivo de la celebración del famoso Internacional Film Festival. Aquello, unido a los vuelos regulares, incrementaba la lentitud en los trámites aduaneros.

Barry Lowell esperaba fuera del recinto.

Apoyado en la portezuela de un «Buick GS», estacionado en *parking* reservado al cuerpo diplomático. Desde allí dominaba las principales salidas del aeropuerto.

Fumaba nerviosamente un cigarrillo.

Consultó por enésima vez la esfera de su reloj.

Treinta minutos atrás se había anunciado por los altavoces la llegada del avión, procedente de Nueva York. Pero Stella, Garson no había hecho su aparición.

Stella Garson...

Lowell arrojó furioso el cigarrillo.

Pensar en aquella mujer le irritaba. Ella iba a reemplazarles. Ella se iba a hacer cargo del caso Kanchar.

El

G-men

masculló una maldición por lo bajo.

Se disponía a encender otro cigarrillo cuando vio a la mujer.

Sí.

Era ella.

Stella Garson.

El inspector Hendry le había mostrado una fotografía de archivo donde constaban los datos personales y fecha de ingreso de Stella Garson en el Federal Bureau of Investigation. Una fotografía tipo documento. Medio cuerpo.

Estaba mejor de cuerpo entero.

Y al natural.

Barry Lowell, pese a estar predispuesto contra ella, no pudo evitar

un repetido parpadeo de admiración. Deslumbrado por la belleza de la mujer.

Muy joven. Veintidós años. Rostro de perfecto óvalo con pómulos ligeramente salientes que proporcionaban una extraña sensualidad. Ojos verdes. Rasgados. De mirada de fuego. La nariz breve. Los labios eran deliciosamente gordezuelos.

El resto...

El resto era para hacer palidecer de envidia a una ninfa. Para volver loco a un sátiro.

Para hacer saltar los ojos de las órbitas a los *voyeurs*...

Algo fuera de serie.

Lucía un atrevido vestido de corte imperio con escote cuadrado y falda a godets. Sus túrgidos senos se modelaban desafiantes, la cintura cimbreante de odalisca contrastaba con la suave curva de sus caderas. La falda del vestido a mitad del muslo.

Lowell tragó saliva entornando los ojos.

Mentalmente calculó algunos datos que no figuraban en el expediente de Stella Garson. Aproximadamente 1.70 de estatura, unos 59 kilos de peso, 94 centímetros de busto, 61 de cintura, 97 de caderas...

Fue al encuentro de la muchacha que permanecía junto a la escalinata. Con una valija en su diestra. Sus verdes ojos trazaban semicircular mirada. En los carnosos labios se dibujó una sonrisa al ver aproximarse a Lowell.

—¿Stella Garson? Yo soy Barry Lowell. Me envía el inspector Hendry.

—Muy amable. Temía verme obligada a tomar un taxi.

Lowell se hizo cargo de la valija.

Fuero hacia el estacionado «Buick».

La muchacha se acomodó en el asiento delantero. Sin importarle el nivel alcanzado por la falda mostrando sus largos y esbeltos muslos de intenso bronceado. Lowell se situó frente al volante. Sin poder evitar una penetrante mirada a la joven.

—¿Qué te ocurre, Barry? Te encuentro algo nervioso.

—¿De veras?

Stella Garson dejó escapar en cantarina risa los cascabeles de su garganta. De su bolso de mano extrajo una cajetilla de «Thins». Encendió un cigarrillo mentolado.

—Sé lo que te ocurre. Todavía no te has hecho a la idea, ¿verdad? Te resulta absurdo que una mujer sea agente del FBI. Te comportas como un provinciano, Barry. No soy la iónica. Tal vez la primera causara asombro, pero no ahora. Sufrimos el mismo examen que los hombres. Uso de armas, entrenamiento físico, combate cuerpo a cuerpo...

A Lowell le brillaron los ojos ante la posibilidad de un combate cuerpo a cuerpo con la muchacha.

Sonrió.

—Nunca he visto a un agente del FBI, con tan bonitas piernas.

—Tengo otras cualidades, Barry. Puedo dejar seco a un individuo con un solo golpe de karate. En Nueva York ya me conocen bien. Al principio también tuve que soportar algunas... bromas. Actualmente en el Departamento se me considera un compañero más. No existe diferencia alguna.

Barry Lowell volvió a sonreír. Aunque atento al tráfico dirigió una insolente mirada al cuerpo de Stella.

—Yo veo algunas diferencias, Stella. Saltan a la vista.

—Gracioso, ¿eh? *Okey*, Barry. No lo quería decir, pero por supuesto que existen diferencias. Estoy considerada como el mejor de los agentes del FBI, con destino en Nueva York. Se me han encomendado las misiones más peligrosas. Siempre he salido triunfante. Jamás he conocido el fracaso, Barry. ¿Es ésa la diferencia a la que tú hacías referencia?

La sonrisa se borró de los labios de Lowell. De nuevo se vio dominado por la ira que había tratado de ocultar.

—Escucha con atención, nena. En el Departamento no te esperamos con los brazos abiertos. Ninguno de mis compañeros, y yo en primer lugar, están conformes con tu llegada. Nunca habíamos necesitado la ayuda de otros agentes para solucionar problemas de nuestra demarcación. ¡Y menos de un agente femenino!

Stella exhaló una bocanada de azulado humo.

—Lo lamento. Tengo por norma mantener buenas relaciones con mis compañeros; pero si queréis lo contrario... No me importa. En las cinco horas de vuelo he tenido tiempo de consultar la Prensa. Todos los diarios comentan el nuevo crimen cometido por Kanchar. Su tercera víctima. Para no necesitar ayuda lleváis el caso muy mal.

—Afortunadamente estás tú aquí para solucionarlo.

—En efecto, Barry —replicó la muchacha ignorando deliberadamente el sarcasmo de Lowell—. Yo terminaré con Kanchar. Puedo asegurarte que sus días están contados.

* * *

Se hallaban reunidos en el despacho de Brian Hendry. Este acomodado tras su mesa escritorio. Stella Garson y Barry Lowell, en negros sillones de piel. Peter Robertson permanecía de pie.

El inspector Hendry carraspeó antes de hablar.

Consciente de la tensión que reinaba en la estancia. Sus dos agentes, Lowell y Robertson, no aprobaban aquello. Tampoco él. No le agradó solicitar la ayuda de un agente de Nueva York; sin embargo era necesario.

Kanchar debía ser eliminado.

Y allí estaba Stella Garson para servir de cebo.

—Bien, señorita Garson. La agradezco que haya acudido a mi llamada.

—Cumplí las órdenes de mi SAC.

Brian Hendry jugueteaba con un lápiz. Instintivamente lo partió en dos. La entrevista no comenzaba por cordiales cauces.

—Correcta, Stella. Su SAC recibió una orden directa de Washington. Del quinto piso del Departamento de Justicia. ¿Comprende? Se le comunicaba que el agente Stella Garson se desplazara a San Francisco. Por lo tanto está ahora bajo mi disciplina. Olvide al SAC de Nueva York.

—Muy bien, señor.

—He estudiado su expediente, Stella. Verdaderamente algo fabuloso. Triunfos resonantes en caso de auténtico peligro y dificultad. Tal vez le haya sorprendido mi llamada, ¿no es cierto? — Sin esperar la respuesta, Hendry añadió—: Necesitamos su colaboración. Usted es una mujer. Le resultará más sencillo introducirse en la Garden City.

Stella extrajo un cigarrillo mentolado de su cajetilla de «Thins». No esperó a que ninguno de los allí reunidos le ofreciera la llama de un fósforo. Ella misma accionó un diminuto encendedor de oro. Succionó el emboquillado clavando sus verdes ojos en el inspector.

—Quiere que sirva de anzuelo, ¿no?

Brian Hendry se incorporó comenzando a pasear por el despacho. Con las manos a la espalda y la cabeza levemente inclinada.

—No está muy descaminada, Stella. Ésa es mi idea. El asesino elige a sus víctimas entre las mujeres jóvenes y bonitas de Garden City. De ahí que hayamos solicitado su colaboración en el caso. Ninguno de mis agentes resulta atractivo para Kanchar.

Peter Robertson no pudo evitar una espontánea risotada, La cortó de inmediato enrojeciendo y carraspeando para simular su turbación.

Stella le dirigió una sonrisa.

El pobre Robertson enrojeció hasta poder competir con un maduro tomate. Los rasgados ojos de la bella agente del FBI volvieron a posarse en Brian Hendry.

—No me considero superdotada, señor. Comprendí que su llamada se debía a algún motivo especial. De no ser así cualquiera de sus agentes cumpliría el cometido con igual o mayor eficacia. Necesita una mujer como cebo para Kanchar. Ya la tiene, inspector.

¿Existen pruebas de que el asesino forma parte del personal de la Garden City?

—Las tres víctimas trabajaban allí.

—Eso nada significa. Recuerdo que hace unos... dos o tres años la Garden City estuvo instalada una temporada en Nueva York. Es como una ciudad rodante. Infinidad de empleados y artistas. Consta de restaurantes, discoteca para la juventud, salas de juegos, *drive-in* un *night-club*, con fabuloso pasé de espectáculos... Una ciudad de diversión. Frecuentada por miles de visitantes. Cualquiera puede entablar amistad con las chicas de Garden City.

—Ciertamente no tenemos la seguridad de que Kanchar forme parte del personal; pero es nuestro único punto de partida.

—He seguido el caso por la Prensa neoyorquina. Se inició con el asesinato de Doris Logan. Se pagó el rescate y...

—Se lo contaré todo a grandes rasgos —interrumpió Hendry—. Luego le entregaré el *dossier* y el agente Lowell le ampliará cuantos datos necesite. En efecto, el caso se inició con el secuestro de Doris Logan. Una

gogo-girl

, de la discoteca de Garden City. Fue entonces cuando Kanchar, entró en contacto telefónico conmigo por primera vez.

—¿Con usted o con el FBI?

—Pues..., en su primera llamada pidió comunicación conmigo. Con el inspector Brian Hendry. Dijo que tenía en su poder a Doris Logan y exigía veinticinco mil dólares por el rescate. Y la cantidad debía pagarla el FBI. Se cumplió lo pactado. La cantidad resultaba insignificante para arriesgar la vida de Doris Logan. Nos impuso una interminable serie de condiciones para la entrega del dinero. Nos hizo ir de un lado a otro de San Francisco. El maletín con el dinero fue depositado en una *steak House* de Russian Hill; más tarde, nos hizo retirarlo y dejarlo al conductor del tranvía que cubre el recorrido Avenue CaliforniaMarket Street. Por último nos obligó a que una empleada de unos grandes almacenes deambulara por el establecimiento con el maletín en su mano..., el muy bastardo terminó por largarse con los veinticinco mil dólares. Telefoné esa misma tarde para informarme dónde encontraría el cadáver de Doris Logan. También dijo que no le cazaríamos por el dinero marcado. Que lo había quemado, que únicamente había querido demostrar la incapacidad del FBI... Con Bertha Simmons, ni tan siquiera se molestó en solicitar rescate. Ya no le interesa el dinero. Sólo persigue, según sus propias palabras, derrotarme.

—Perdone que vuelva a insistir, inspector. ¿Derrotarle a usted o al Federal Bureau of Investigation?

Brian Hendry dirigió una inquisitiva mirada a la joven.

—¿Qué trata de insinuar?

—Me sorprende que busque la conversación con usted. Con el inspector Brian Hendry. Si se trata de un loco con la absurda idea de derrotar al FBI, burlándole con una serie de monstruosos crímenes..., ¿por qué dirigirse al inspector Hendry?

—Es la máxima autoridad del FBI en San Francisco —comentó Barry Lowell interviniendo por primera vez en la conversación.

—¿Muy popular?

—No, por supuesto —sonrió levemente Hendry—. No soy un artista de Hollywood.

—Sin embargo, para Kanchar, le era familiar su nombre y condición de inspector. Puede que se trate de un viejo enemigo. Alguien que le guarda rencor. No estaría de más una relación de individuos enviados por usted a prisión y que hayan sido recientemente puestos en libertad. Hombres con las características de Kanchar.

—No me considero tan importante, pero seguiremos su consejo, Stella. En mis treinta años de servicio en el FBI, lógicamente he enviado a prisión a muchos hombres. Incluso a la silla eléctrica o a la cámara de gas. Opino que Kanchar quiere demostrar su superioridad enfrentándose a la mayor organización del mundo en la lucha contra el crimen.

Enfrentándose al FBI. Por eso nos ha desafiado.

—Kanchar... ¿Dijo él llamarse así?

—Lo pronunció por primera vez al comunicarme el asesinato de Bertha Simmons. Luego podrá escuchar las cintas grabadas. Yo recuerdo textualmente sus palabras. «Kanchar» ha vuelto a matar otra vez. Ignoramos el significado exacto de esa palabra. Es de varios significados. Kanchar es el nombre de una bebida refrescante popular en Miami, es el título de un famoso libro *best-seller* en los años 50, nombre de un cuchillo turco, nombre registrado por varios clubs nocturnos, incluso ese nombre figura en la guía telefónica como apellido... Nosotros nos inclinamos por el cuchillo estilo turco.

—Kanchar: cuchillo en forma de machete, larga hoja curva en su final, utilizado por turcos y albaneses.

—Correcto, Stella. Nuestro hombre emplea como arma un cuchillo de esas características. Tal vez por eso adoptó el nombre. Bien..., no quiero añadir nada más. Lo encontrará todo más detallado en el *dossier*. Estúdielo. Barry Lowell le complementará cuantas explicaciones precise. Puede disponer de un apartamento en la Perry Avenue. En el mismo edificio donde tiene su domicilio el agente Lowell. ¿Le importa?

Los gordezuelos labios de Stella dibujaron una sonrisa.

Ninguno de los presentes la supo descifrar.

—No, por supuesto. ¿Debo estar subordinada al agente Lowell?

—Yo soy su único superior —replicó Brian Hendry algo irritado—. No obstante le aconsejo no rechazar la posible ayuda de Lowell o Robertson. Les tendrá siempre a su disposición.

—Gracias.

—¿Cuándo piensa empezar, Stella?

—Me daré un baño y luego, estudiaré el *dossier*. Después de eso estaré a sus órdenes.

El inspector Hendry volvió a acomodarse tras su mesa escritorio.

Entrelazó los dedos de sus manos reclinándose en el respaldo.

—Ignoro cómo actuaba su SAC de Nueva York, Stella, pero yo tengo por costumbres dar carta blanca a mis hombres. Confío en ellos plenamente. Con usted haré otro tanto. Actúe como crea conveniente con la única condición de mantenerme informado al instante. ¿De acuerdo?

—Muy bien, señor. Le agradezco esa confianza. También a mí me agrada trabajar así. Espero no defraudarle.

—¿Piensa presentarse en Garden City como agente del FBI?

—¿Cuál es su... consejo?

Hendry creyó adivinar una leve ironía en la voz de la muchacha, pero la pasó por alto.

—Presentarse como agente del FBI, tal vez espante la caza pero también puede ocurrir que, conociendo el enfermizo carácter de Kanchar, le sirva de acicate. Puede que decida dar el golpe de gracia. Una nueva víctima que colmaría su loco deseo de superioridad. Joven, bonita..., y agente del FBI. Bocado apetitoso para Kanchar. Usted decide, Stella.

La muchacha se incorporó. La falda del vestido descendió. Con ello terminaba el turbador espectáculo de sus largos y bronceados muslos.

Una pena.

—Decidiré tras haber consultado el *dossier*.

—Perfecto. Recuerde mi advertencia. Quiero estar informado al momento del resultado de sus pesquisas. Lowell, entregue el *dossier* y acompañe a la señorita Garson a su apartamento. Proporciónale todo cuanto necesite.

Barry Lowell asintió con un gruñido que hizo sonreír a la chica del FBI.

Sus relaciones no iban a ser muy cordiales.

CAPÍTULO IV

Todos los apartamentos del edificio eran semejantes. Situados en Nob Hill. La zona elegante de San Francisco. Dos habitantes, salón-comedor, cocina y dos salas de baño.

Todo magníficamente decorado y amueblado.

Stella se dio un confortable y reparador baño.

Se encontraba algo fatigada tras las cinco horas de avión. Su salida de Nueva York había sido muy precipitada. Quedaron algunos asuntos pendientes que esperaba poder solucionar a su regreso.

Su regreso...

¿Cuándo?

Tenía que capturar a Kanchar. La misión no le inquietaba. Tampoco la demostrada peligrosidad del asesino. Estaba acostumbrada. Sólo dos años al servicio del FBI. Dos años intensos y pródigos en emociones fuertes. Ya antes de su ingreso en el Federal Bureau of Investigation, había demostrado ser una mujer de temple. No tener miedo a nada. Los años anteriores a su entrada en el FBI, fueron muy apasionantes.

Stella sonrió al recordarlos.

Tal vez algún día volviera a enfrentarse con ese pasado. Resultaría emocionante. Pero ahora estaba al servicio del FBI. Sometida a su disciplina y cumpliendo magistralmente su cometido. Con fidelidad. Su amor al FBI, estaba per encima de todo.

Stella Garson abandonó el dormitorio pasando al salón. Lucía una corta bata en fantasía en gasa de nylon.

Se acomodó en el largo sofá. En la mesa cercana el *dossier* proporcionado por el inspector Hendry. También se había preparado con anterioridad un «*gin-tonic*».

Comenzó a leer el *dossier*.

Todo lo relacionado con Kanchar.

Incluso las conversaciones mantenidas telefónicamente con Brian Hendry. Palabra por palabra. Las investigaciones llevadas a cabo en Garden City. Resultados de la autopsia en las tres víctimas.

Todo muy detallado.

Un extenso *dossier* del que no se sacaba ninguna conclusión. Ninguna hipótesis. Ningún sospechoso.

Barry Lowell y Peter Robertson, agentes encargados del caso bajo la batuta del inspector Hendry, parecían adentrarse una y otra vez en un callejón sin salida. Las pesquisas realizadas no conducían a ningún sitio.

Palos de ciego.

Stella depositó el *dossier* sobre la mesa. Encendió un emboquillado reclinándose en el sofá y cerrando los ojos.

Pensativa.

Doris Logan, veinte años,

gogo-girl

de Garden City, Primera víctima.

Bertha Simmons, veintidós años, una de las estrellas del *night-club* de Garden City. Segunda víctima.

Elizabeth Koster. Veinte años. Empleada en uno de los *snacks* de Garden City. Tercera víctima.

Kanchar las buscaba allí. Jóvenes y bonitas. Cada asesinato con el corto intervalo de dos o tres días. A todas les dio la misma muerte.

El asesino debía ser alguien forzosamente vinculado a Garden City.

La ciudad rodante llevaba instalada en San Francisco tan sólo un par de semanas. Un visitante, en tan corto plazo de tiempo, no era probable que entablara conocimiento con Doris, Bertha y Elizabeth. Esta última, según el informe, era una muchacha seria, Poco dada a confidencias y amistades rápidas.

Otro detalle significativo eran los coches robados por el asesino para trasladar a sus víctimas. Todos ellos coches lujosos. Un «Chevrolet-Camaro», un «Lincon Continental» y un «Oldsmobile Toronado». Los tres autos robados en las proximidades a la Garden City.

Sí.

Todo parecía indicar que el asesino formaba parte del personal de Garden City.

El timbre de la puerta del apartamento interrumpió los pensamientos de Stella. La muchacha se incorporó acudiendo al *living* y anunciando despreocupadamente la bata.

Abrió la puerta.

Barry Lowell quedó paralizado bajo el umbral.

Con los ojos vidriosos.

Stella sonrió haciéndose a un lado.

—¿No quieres pasar, Barry?

—¿Cómo...? ¡Ah, sí...! Gracias.

Fueron hacia el salón.

La muchacha iba delante. Lowell tras ella. Los labios de Lowell dibujaron una falsa sonrisa de deferencia. Como ajeno a los encantos femeninos. No supo disimular. Los ojos se le salían de las órbitas.

—Aquí tienes las llaves del coche, Stella. Te he conseguido un magnífico «Ford».

—¿De qué año?

Barry Lowell entornó los ojos. Su admiración desapareció bruscamente sintiendo de pronto una sorda ira por aquella manifiesta superioridad de la muchacha. Apretó con fuerza las mandíbulas antes de responder.

—Del año 70. Un «Mustang» deportivo. ¿No te sirve?

—¿Del año 70? En fin... Comprendo que esto no es Nueva York. No se puede exigir mucho al Federal Bureau of Investigation de San Francisco.

—Es posible, Stella, pero nuestro Departamento tiene una gran ventaja sobre el de Nueva York. Aquí no tenemos ningún agente femenino.

La chica del FBI hizo un sensual mohín con los labios.

—¿De veras? Eso os perdéis, encanto.

Lowell estuvo tentado de darle la razón, pero se contuvo a tiempo. También procuró desviar los ojos del cuerpo de la joven. Aquello le impedía razonar cuerdamente. Fijó la mirada en el *dossier*.

—¿Algo en limpio, Stella?

—Muy gracioso. ¿Acaso se puede sacar algo en limpio de eso? Conjeturas, informes, declaraciones... Nada.

—Te crees muy superior, nena.

—Lo soy.

—¡Vete al diablo! —Lowell tiró las llaves sobre la mesa—. Encontrarás el coche a la puerta del edificio. ¡Adiós!

—Un momento, Barry. El *dossier* menciona a un tal Frank Allerson como propietario del *bungalow* donde se halló el cadáver de Elizabeth Koster. No consta su declaración. ¿Ya ha sido

interrogado?

—Sí. El tal Allerson también se considera un fulano importante. Es un *disc-jockeys*, mimado por la nauseabunda juventud actual. Puede hundir a un conjunto musical con sólo chasquear los dedos. Ayer le interrogó Peter Robertson. Sus respuestas fueron vagas. Es un cliente habitual de Garden City y conocía superficialmente a Elizabeth Koster. No comprende como el asesino llegó hasta su *bungalow* de San Andreas Lake. Si quieres un duplicado de la declaración de Allerson y puedo...

—No es necesario.

—¿Cuándo piensas ir a la Garden City?

Stella se encogió de hombros. Aquello hizo que la bata se deslizara un poco por sus desnudos y torneados hombros acentuando el pronunciado escote.

—No lo sé. Tal vez mañana. Ahora estoy muy cansada del viaje.

—Bien. Ya sabes donde está mi apartamento. Si me necesitas no tienes más que silbar.

La joven sonrió ante el hiriente sarcasmo de Lowell.

—Lo haré, Barry. Gracias por todo.

Cuando su compañero del FBI hubo abandonado el apartamento, Stella acudió al dormitorio. Se despojó de la bata. Ya había ordenado sus pertenencias en uno de los armarios. No dudó en la elección del vestido.

Blusa estampada de punto y pantalón acampanado. Completaba el conjunto un blusón «liquet» rojo. En uno de los bolsillos del chaquetón guardó un pequeño revólver.

Apoderándose de un bolso de mano se encaminó hacia el *living*. La chica del FBI, no pensaba descansar.

* * *

Stella abandonó la cabina del elevador adentrándose por el largo corredor. Se encontraba en el 1267 de Swift Street. El apartamento de Frank Allerson era el

D-6.

Llegó ante él pulsando el llamador de la puerta.

La hoja de madera se abrió a los pocos segundos.

Surgió un individuo de unos treinta años. Pelo abundante y rostro atractivo. Tenía unos dientes blancos y bien alineados, de ahí su sonrisa de representante de dentífricos.

—Hola, nena. ¿Me buscas a mí?

—Depende. ¿Es usted Frank Allerson?

—¡Seguro!

—Yo era amigo de Elizabeth Koster.

La sonrisa se heló en los labios del individuo. Paulatinamente se recuperó forzando una mueca que quiso semejar a la primitiva sonrisa.

—¿Y qué?

—¿No puedo pasar? —inquirió Stella con apasionada mirada en sus verdes ojos.

—Me disponía a salir.

Aquello debía ser cierto. Frank Allerson lucía una chaqueta *sport* color *beige* y pantalón Príncipe de Gales. Muy elegante.

—Procuraré no entretenerle, señor Allerson.

—Okey. Pasa.

El apartamento era reducido. La puerta de entrada casi conducía al salón. Parecía decorado por un *hippie* tras una borrachera de LSD. Grandes pósters cubrían las paredes. Todos ellos relacionados con la música *pop*. Destacaba, un mural de John Lennon y su esposa Yoko Ono en escena amorosa. Elvis Presley, Little Richard, Gary Glitter, el albino Johnny Winter en uno de sus populares *blues*, los Three Dog Night, un espeluznante encuadre de los Rolling Stones... Todo aquello aderezado por fetiches congoleños, láminas de metal multicolor y objetos *hippies*. Desordenadamente.

El conjunto era infernal.

—¿Y bien, nena? ¿Qué quieres de mí?

—Elizabeth me escribió hace unos días —mintió Stella con desenvoltura—. Me iba a proporcionar trabajo. Quedamos citadas para hoy. Esta mañana al leer los periódicos me enteré de su horrible muerte.

—Cierto. Ha sido algo muy desagradable. Yo no la conocía bien, pero parecía una muchacha alegre y simpática.

Stella clavó sus ojos en el individuo.

Fijamente.

—¿No, la conocía bien? Ella me dijo todo lo contrario.

Una tenue palidez recubrió el rostro de Frank Allerson. También él dirigió una penetrante mirada a la muchacha. Inquisitiva. Como queriendo leer los pensamientos de Stella.

No lo consiguió.

Stella le correspondía con una encantadora e inocente sonrisa.

—No me has dicho tu nombre, nena.

—Stella Garson.

—Pues bien, Stella. Elizabeth te mintió. La conocí en una de mis visitas a Garden City. Ella trabajaba en el *snack*. Nuestro único trato era el de servirme unos vasos de *whisky* y yo abonarlos. Sólo eso. ¿Comprendes?

—Lo comprendo perfectamente. Elizabeth ha muerto asesinada en su *bungalow*. Lo lógico es que niegue toda relación con ella. Podría traerle serias dificultades con la policía.

Máxime, si llega la carta a poder de ellos.

—En esa carta..., ¿se menciona mi nombre?

—Sí. Dice textualmente que su amistad con Frank Allerson le servirá de ayuda para proporcionarme trabajo.

—Te mintió —volvió a repetir Allerson algo nerviosamente—. Mi trato con Elizabeth era muy superficial.

—Creo que se equivoca conmigo, señor Allerson. No tengo intención de hacerle chantaje. Por lo tanto le ruego que no siga fingiendo conmigo. Yo conocía bien a Elizabeth. Era incapaz de mentirme. Si es la carta lo que te preocupa puede estar tranquilo. La quemé el mismo día de recibirla. Tengo esa costumbre.

Frank Allerson parpadeó.

Aquellas palabras de Stella tuvieron la virtud de devolverle la sonrisa a los labios. Se mostró más eufórico.

—De acuerdo, pequeña. Tú ganas. Tenías razón. La circunstancia de que Elizabeth apareciera en mi *bungalow* me comprometía. En cuanto a la amistad con ella... sinceramente te diré que exageró. No existía tal, amistad. Intenté salir con ella e incluso la invité algunas veces; pero Elizabeth siempre me rechazó. Eso me disgustó. No estoy acostumbrado a que las mujeres me hagan ascos. Importuné a Elizabeth, aunque terminé por convencerme de que estaba equivocado con respecto a ella. Era una buena chica. Yo la confundí con una conquista fácil.

—¿No salió con usted? Entonces... ella me dijo... En la carta

parecía indicar una gran amistad. No lo comprendo...

Frank Allerson sonrió con suficiencia.

Se consideraba un fulano atractivo para las mujeres. En parte era cierto. De tan guapo revolvía el estómago.

—Tal vez te lo dijo para darte importancia. No todas las chicas son amigas del famoso *disc-jockeys* de California.

—Sí, es posible que así fuera...

—Si Elizabeth ha muerto..., ¿por qué has venido a visitarme? ¿Qué trabajo pensaba proporcionarte Elizabeth?

—Soy cantante.

Frank Allerson contempló lascivamente a la muchacha mientras esbozaba una cínica sonrisa. Se aproximó rodeando con su brazo derecho los hombros de Stella.

—En recuerdo a Elizabeth procuraré ayudarte. ¿Has actuado alguna vez en público? ¿Tienes discos grabados...?

—No. Estoy empezando.

Allerson acentuó la sonrisa.

Perfecto.

Stella era fruta verde. Una joven inexperta que deseaba alcanzar la fama. El sabía cómo engatusarlas. Deslizó su mano derecha por la espalda femenina.

—No te preocupes, pequeña. Si realmente tu voz vale haré de ti una famosa cantante. Puedes acudir cualquier día de éstos a los estudios donde trabajo. Te daré la dirección, ¿de acuerdo?

—Gracias, señor Allerson.

El brazo del individuo ya rodeaba la cintura de Stella.

—¿Por qué no me llamas Frank?

—Muy bien, Frank.

—Eso ya está mejor. ¿Vas a algún sitio determinado?

—A la Garden City. Pensaba cenar allí. No conozco aquello y...

—¡Vaya! —exclamó Allerson interrumpiendo a la muchacha—. Ése es también mi destino. Todas las noches presento unos *singles* en la *discotheque*. Las novedades del mes en los *rankings* de los Estados Unidos.

—¿Trabajas en Garden City?

—¡Oh, no...! Me une gran amistad con el administrador y también con la señora Rusell, propietaria de la Garden City. Mi actuación en la *discotheque* es la de simple colaborador. Como un «artista

invitado». Me presento cuando quiero. Sin compromiso.

—Comprendo.

—Bien... ¿Aceptas mi invitación? Cenaremos juntos.

—Encantada, Frank.

Abandonaron el edificio.

Stella, dado que el domicilio de Allerson no estaba mucho de su apartamento, no había utilizado el «Mustang» proporcionado por Barry Lowell.

Frank Allerson la condujo hacia un impresionante «Chrysler Imperial». Se acomodaron en el interior del vehículo.

Allerson pisó a fondo el pedal del gas recorriendo Swift Street como una exhalación. Deseoso de impresionar a Stella. La chica del FBI tenía el pensamiento muy lejos de las baladronadas de su acompañante.

El truco de la supuesta carta de Elizabeth Koster salió bien. Allerson había hablado con sinceridad, pero su relación con Elizabeth no parecía importarle. La propia de un conquistador que cree a todas las mujeres rendidas a sus pies. No llegó a intimar con Elizabeth. El FBI lo hubiera descubierto.

—¿En qué piensas, nena?

Stella inspiró profundamente. Sus erectos senos se modelaron provocativos bajo la blusa haciendo que Allerson olvidara por un instante la conducción del vehículo.

—En la muerte de Elizabeth. Según lo relatan los periódicos debió ser algo horrible... Y en tu *bungalow*. Supongo que la policía te habrá acosado a preguntas, ¿verdad, Frank?

—¡Seguro! Están locos por atrapar al famoso y diabólico Kanchar. Encontrar a un sospechoso haría callar a la Prensa. Intentaron cazarme a mí. Un agente del FBI me apretó las clavijas. El *bungalow* no fue forzado. El asesino tenía las llaves o un duplicado. Eran mis llaves, por supuesto. Las perdí en Garden City.

Los verdes ojos de Stella relampaguearon. Con vos carente de inflexión, inquirió:

—¿Cuándo?

—Hará unos cuatro o cinco días. Pensé en cambiar la cerradura, pero me olvidé. El *bungalow* lo frecuento poco. Algún *week-end*

. Es muy bonito, pero ahora tendré que desembarazarme de él.

Venderlo a cualquier precio. Ha adquirido triste fama. Ninguna chica aceptaría acudir allí.

—¿No sabes dónde perdiste las llaves? ¿En qué lugar? Garden City es muy grande.

—Fue en uno de los vestuarios del *snack*. Yo estaba con Elizabeth. Trataba de convencerla para que aceptara una invitación al *bungalow*.

—¿Quién más estaba en esos vestuarios?

—Elizabeth y yo. Solos. Luego llegó Sandra Rusell con su chófer particular. Elizabeth marchó con la propietaria de Garden City. Creo recordar que las llaves quedaron allí en los vestuarios.

Stella volvió a quedar pensativa.

Tal vez Elizabeth se quedó con las llaves del *bungalow*. Al ser raptada las descubrió Kanchar. Y la llevó allí.

El asesino conocía las llaves y el emplazamiento del *bungalow*.

—La Garden City lleva dos semanas en San Francisco. Desde que se inició el International Film Festival. ¿Has llevado a alguien al *bungalow*? Me refiero a alguien de Garden City.

—El día anterior a la presentación di una fiesta en el *bungalow*.

—¿Quiénes acudieron?

Frank Allerson dirigió una fugaz mirada a la muchacha. Arqueó las cejas en un gesto que él creía interesante y atractivo.

—Haces muchas preguntas, nena. A mi fiesta acudieron infinidad de personas. Sandra Rusell, su administrador Crawford, el director de escena, la mayoría de las artistas... Yo soy un tipo muy bien relacionado. ¿Por qué no dejamos esta conversación? No me gusta. Te comportas como el agente del FBI que me visitó ayer noche. Hacia las mismas preguntas.

Stella sonrió.

Una sonrisa que no fue bien catalogada por Allerson.

El «Chrysler» ya rodaba por las cercanías de Garden City.

La ciudad rodante había sido levantada en el extenso terreno de Ellens Park. Único lugar en San Francisco con capacidad suficiente para albergar tal cantidad de carromatos, tiendas, casas prefabricadas...

Garden City era famosa en todos los Estados Unidos. Lugar de diversión para adultos. Desde el inofensivo *drive-inn*[4] a los

excitantes espectáculos del *night-club* pasando por las salas de juego.

Todo estaba amurallado.

Como una Disneylandia a menor escala.

Existían varias zonas de *parking* junto a los distintos locales.

El «Chrysler» se adentró por una amplia calzada. Infinidad de luminosos anuncios de neón rivalizaban en cortas intermitencias dando lugar y colorido a Garden City. La animación, con la caída de la noche, se iniciaba.

Frank Allerson estacionó el coche en el *parking* correspondiente al *night-club*.

Descendieron del vehículo.

Un uniformado conserje saludó ceremonioso.

—Buenas noches, señorita. Buenas noches, señor Allerson.

—Hola, Henri, ¿cómo está el ambiente?

—Empieza a caldearse, señor Allerson.

—¡Perfecto!

Frank Allerson cogió a la muchacha por el brazo penetrando en el local.

El *night-club* nada tenía que envidiar a los de North Beach. Decorado con lujo y elegancia. Tres orquestas y una amplia pista de baile circundada por las mesas. Un individuo luciendo aristocrático *smoking* en tejido de alpaca se acercó sonriendo cordial.

—Buenas noches...

—Buenas noches, Crawford. Quiero presentarte a Stella Garson. George Crawford es el administrador de Garden City. El brazo derecho de Sandra Rusell.

El individuo realizó una leve inclinación de cabeza.

—Es un placer, señorita Garson. ¿Van a cenar?

—Sí, Crawford —respondió Allerson.

George Crawford hizo una seña a uno de los *maîtres*.

—Les deseo una agradable velada.

—Gracias —le correspondió Stella con una sonrisa.

El *maître* les llevó hacia una de las mejores mesas.

Stella no llegó a sentarse. Se inclinó sobre Allerson para susurrarle unas palabras.

—Perdóname un momento, Frank... Puedes ir encargando la cena. La dejo a tu elección. —¿Adónde vas?

Stella no se dignó responder. Le dio la espalda retornando a la entrada. Se detuvo frente a George Crawford.

—Quiero hablar con la propietaria.

—¿Se refiere a la señora Rusell?

—Por supuesto. ¿Acaso hay más de una propietaria?

—No, claro... —sonrió George Crawford algo forzadamente—. Me ha sorprendido su petición. Tal vez yo pueda servirla. Como ya ha comentado el señor Allerson soy el administrador de Garden City. Todos los asuntos pasan por mis manos.

—Yo quiero hablar personalmente con Sandra Rusell.

—Dudo que pueda recibirla. La señora Rusell es una persona muy ocupada y no concede entrevistas.

—Conmigo hará una excepción —respondió Stella abriendo su bolso de mano para extraer la credencial—. Soy agente del FBI.

CAPÍTULO V

Sandra Rusell frisaba en los treinta años de edad. Muy atractiva. Con esa belleza y plenitud que sólo se adquiere entre los treinta a los treinta y cinco años. Cuando la mujer alcanza toda su madurez. Sandra había sido trapecionista. Tal vez por ello su cuerpo era de la perfección de una diosa griega.

Sonrió cordialmente a Stella.

—Puedo tutearte, ¿verdad? Que seas agente del FBI no me impresiona. Ya estoy acostumbrada. Ultimamente, y por desgracia, los recibo con frecuencia. En maldita hora se me ocurrió acudir a San Francisco.

Stella se había acomodado en uno de los rojos sillones que adornaban la estancia.

—No parece irte del todo mal —respondió aceptando el tuteo—. Garden City, en cualquier estado que visita, alcanza resonante éxito. Sandra Rusell lucía un vestido blanco de noche con escote en «V» hasta la cintura y que dejaba la espalda desnuda. Un modelo capaz de hacer bailar *rock and roll* a un achacoso jubilado.

George Crawford permanecía en uno de los rincones del amplio despacho. Sandra le dirigió una indiferente mirada.

—Sírvenos unas copas de champaña, George. Harán la entrevista más agradable, ¿verdad, querida?

La chica del FBI asintió con un leve movimiento de cabeza. También aceptó un cigarrillo turco ofrecido por Sandra.

La propietaria de Garden City comenzó a hablar con pausada voz.

—Garden City es un buen negocio, en efecto. Debe serlo. Durante largos años mi padre maduró la idea de una ciudad rodante. Mi padre era domador de leones. Trabajó en la pista de un circo durante más de cuarenta años. Mi abuelo fue famoso y admirado *clown*. También el padre de mi abuelo. En 1953, en plena campaña electoral de Dwight D. Eisenhower, mi padre tuvo la idea de construir una ciudad rodante que siguiera a los candidatos por todos los estados de la Unión. La primitiva idea fue creando forma. Cuando mi padre murió, allá por el año 1968, Garden City ya era

una realidad. Estamos presentes en todos los acontecimientos importantes. El International Film Festival nos ha traído a San Francisco. ¿Éxito? Sí, por supuesto. Sin embargo, las chicas de Garden City, empleadas y artistas, empiezan a sentir miedo. Temen ser la próxima víctima de ese maldito asesino que se hace llamar Kanchar.

Crawford depositó las dos copas de champaña.

—Gracias, George. Puedes retirarte.

—Preferiría que estuviera presente —dijo Stella—. Debo hacerles algunas preguntas a ambos.

—¿Relacionadas con Kanchar? —inquirió Crawford.

La chica del FBI le dirigió una penetrante mirada.

—Por supuesto. ¿De qué otra cosa podía interrogarles? —Sí, claro...

—Tus compañeros del FBI nos han hecho ya toda clase de preguntas —argumentó Sandra Rusell—. En nada podemos ayudarte. Os he facilitado una lista completa de todos mis empleados y artistas. También les advertí que estaban perdiendo el tiempo. Kanchar no pertenece a la Garden City.

—¿Por qué estás tan segura?

—Desde la muerte de mi padre estoy yo al frente de Garden City. Contrato a empleados y artistas con minuciosidad. No me gusta cambiar con frecuencia de personal.

Llevo cerca de tres meses sin contratar a nadie. ¿Cierto, George?

—Cuatro meses para ser exactos, señora Rusell.

—Bien. Cuatro meses. Hemos permanecido dos en Los Angeles y otros dos en Sacramento. En todo ese tiempo Kanchar no cometió asesinato alguno. Si permanecía con nosotros..., ¿por qué esperó a llegar a San Francisco para cometer sus monstruosos crímenes?

—La enfermiza mente de un asesino psicópata no se rige por normas fijas. Tal vez en San Francisco despertó su instinto y...

—Jamás Garden City se ha visto envuelta en escándalo alguno. Y ahora tres de nuestras chicas han sido brutalmente asesinadas. ¿Por qué el asesino tiene que formar parte del personal? ¿Por qué no buscarlo entre los clientes que nos frecuentan?

—¿Frank Allerson, por ejemplo? —dijo Stella con inexpresiva sonrisa.

—Sí. ¿Por qué no? Allerson es un buen sospechoso.

—¿Hablas en serio, Sandra?

—Frank Allerson es un mal bicho —respondió la propietaria de Garden City—. Intentó engatusar a Elizabeth. Ella le rechazó una y otra vez. Allerson es un engreído que se considera irresistible para las mujeres. El verse rechazado le irritó. En una ocasión...

—No creo que tenga importancia lo que va a decir, señora Rusell —intervino George Crawford con tensa voz—. El señor Allerson es un buen cliente. Ciertamente que se considera un conquistador, pero de ahí a cometer un crimen...

—Allerson es un mal bicho —volvió a recalcar Sandra Rusell ignorando la interrupción de su administrador—. Le sorprendí en uno de nuestros vestuarios con Elizabeth. Intentaba besarla pese a la resistencia de ella. Le ordené salir. Elizabeth le arrojó furiosa las llaves.

—¿Las llaves?

—Sí, Stella. Allerson se las había dado. Las llaves de su *bungalow* de San Andreas Lake.

Convencido de que Elizabeth aceptaría su repugnante invitación.

—¿Allerson recogió las llaves? —preguntó la chica del FBI visiblemente interesada.

—No. Quedaron allí. En el suelo. Allerson no las recogió. Su vanidad le hacía suponer que Elizabeth terminaría por aceptar la invitación.

—¿Qué ocurrió con esas llaves?

Sandra Rusell se encogió de hombros.

—Lo ignore. Yo salí con Elizabeth de los vestuarios tratando de consolarla. Sufría un ataque de nervios. No volví a recordar esas llaves.

—¿Y usted, Crawford? ¿Sabe algo de ellas?

George Crawford casi da un respingo.

—¿Yo...? No...

—¿Asistió a la fiesta que dio Frank Allerson en su *bungalow* de San Andreas Lake? —Sí.

—¿Cuántos fueron los invitados?

—Pues... las primeras figuras de nuestros espectáculos, el director artístico, el jefe de personal..., imposible recordarlos a todos.

—¿Por qué haces esas preguntas, Stella? —inquirió Sandra succionando el cigarrillo con verdadero deleite—. Yo también acudí a esa fiesta. No de muy buen grado, pero reconozco que debía ir.

Allerson es famoso *disc-jockeis* en California. Se ofreció desinteresadamente para actuar en nuestra *discotheque*.

—Kanchar conocía el *bungalow* de Allerson. Allí asesinó a Elizabeth. La puerta no fue forzada. Tenía las llaves... o hizo un duplicado. Para hacer un duplicado debió estar con anterioridad en el *bungalow*.

—¿Durante la fiesta?

—Correcto, Sandra. Ésa es mi hipótesis. Sigo opinando que Kanchar forma parte del personal de Garden City. Uno de los invitados a la fiesta de Allerson es el asesino.

Sandra y Crawford intercambiaron una mirada.

Quedaron en silencio.

Sandra Rusell reaccionó a los pocos segundos.

—Te deseo suerte, Stella. Cuanto antes caiga Kanchar mejor para todos. Está proporcionando fama a Garden City. En nada me beneficia. Si resulta ser uno de mis empleados..., no tengas piedad con él. Debe pagar sus monstruosos crímenes. Si puedo ayudarte en algo...

—Tal vez. Me gustaría poder deambular por Garden City. Por todas sus dependencias sin obstáculo alguno.

—Puedes contar con ello. George dará las órdenes oportunas a los distintos encargados de sección. Nadie pondrá trabas a tu trabajo, Stella. —Gracias, Sandra.

—¿Brindamos por el éxito de tu misión? —sonrió la propietaria de Garden City levantando el vaso.

—¿Puedo retirarme? —interrogó Crawford dirigiendo la pregunta más bien a Stella—. Debo permanecer en la sala para la presentación del espectáculo.

—Sí, por supuesto. Ha sido muy amable.

George Crawford se retiró dejando a las dos mujeres en la agradable compañía de la botella de frío champaña francés. El administrador se adentró en la sala. El *show* ya se había iniciado.

Descubrió a Frank Allerson junto a la barra. Sus ojos recoman el salón una y otra vez. Ante la aparición de Crawford acudió a su encuentro.

—¡Eh, George! ¿No has visto a la chica que me acompañaba? ¡Ha desaparecido! Me resisto a creer que me haya dejado plantado.

Crawford forzó una sonrisa.

—Sígueme, señor Allerson.

George Crawford se introdujo en uno de los reservados del local. Destinados a las parejas que deseaban cenar discretamente y sin presenciar el espectáculo. Éste corría a cargo de ellos.

—¿Qué ocurre, George? —preguntó Allerson intrigado—. ¿Qué hacemos aquí? ¿Dónde está la...?

George Crawford no le dejó seguir hablando. Se abalanzó sobre Allerson propinándole un trallazo en la boca.

—¡Eres un estúpido, Frank...! Te has dejado engañar como un principiante. ¡La chica es agente del FBI!

* * *

Frank Allerson había tenido un exquisito gusto en la elección de la cena. Era lamentable que la desaprovechara, pero no hizo acto de presencia por la mesa del *nightclub*.

Stella dio buena cuenta de su ración.

Sin compañía.

La chica del FBI no se mostraba muy sorprendida por la ausencia de Frank Allerson. Tampoco parecía importarle.

Concluida la cena se incorporó. Sin abonar la consumición. Aquello era invitación del irresistible Allerson. Con lento paso, sorteando las concurridas mesas, se encaminó hacia la salida.

En el exterior, el aire llegaba aromático por las flores y plantas que plagaban la ciudad rodante. De ahí el romántico nombre de Garden City. También había luna llena escoltada por su corte de estrellas parpadeantes.

Muy romántico de no ser por los luminosos de neón y los vociferantes altavoces.

Stella se dirigió al *parking* para comprobar si el «Chrysler» seguía allí. En efecto. El coche de Allerson no había abandonado el estacionamiento.

—¿Busca algo, señorita?

La voz sonó a espaldas de Stella. Muy próxima. Casi quemando su nuca. La muchacha giró con lentitud.

Frente a ella un individuo corpulento sonreía en infantil mueca. Cabeza casi rapada que acentuaba la expresión de su rostro. Parecía

tener roto el tabique nasal. Su aspecto era el de un *catcher* fracasado; sin embargo vestía ropas de calidad, aunque exentas de elegancia.

—Busco a mi acompañante. Al propietario de este «Chrysler».

—El señor Allerson está en la *discotheque*.

Stella contempló más detenidamente al individuo.

—¿Cómo sabe que el coche pertenece a Frank Allerson?

El hombre rió alegremente.

Satisfecho del estupor de la joven.

—Conozco a todos los clientes habituales. Yo soy Charles Wiggins. El chófer particular de Sandra Rusell. Su hombre de confianza. Yo ayudé al difunto señor Rusell a construir Garden City. Soy el decano de la compañía. Por eso conozco a todos.

Stella sonrió amistosamente.

Extrajo del bolso su cajetilla de «Thins» ofreciendo un cigarrillo a su interlocutor. Fue rechazado.

—Tal vez puedas servirme de ayuda, Charles. También conocías a Elizabeth Koster, ¿verdad?

El rostro de Wiggins se ensombreció.

—Sí... Elizabeth era mi amiga...

—Tú y la señora Rusell sorprendisteis a Frank discutiendo con Elizabeth. ¿Lo recuerdas? En uno de los vestuarios del *snack*. Allerson arrojó unas llaves al suelo. ¿Sabes quién las recogió?

Charles Wiggins arrugó la frente en actitud pensativa. Instintivamente se pellizcó el lóbulo de la oreja izquierda.

—Sí..., lo recuerdo. Las llaves quedaron en el suelo. Sandra y Elizabeth salieron juntas. Yo fui con ellas. Allerson quedó en los vestuarios.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Llevas en Garden City desde su fundación. Conoces a todos. Elizabeth... ¿tenía novio?

—No.

—¿Y Doris Logan? ¿Estaba comprometida con alguien?

—Doris estuvo poco tiempo con nosotros. George Crawford la contrató en Los Angeles. Su trabajo era eventual. Retorcerse en la jaula de la *discotheque* durante nuestra estancia en California. Luego volvería a Los Angeles con sus padres. Pero Doris se ha

quedado aquí para siempre.

—¿Qué me dices de Bertha Simmons?

—Bertha también era mi amiga. Ella sí llevaba tiempo con nosotros. Más de tres años.

Todos la queríamos...

—¿Prometida con alguien?

—No. Rompió sus relaciones con... —Charles Wiggins se interrumpió bruscamente. Contempló fija y en inquisitiva mirada a Stella—. ¿Por qué hace tantas preguntas?

—Puedes responder con toda tranquilidad, Charles. Soy policía. Agente del FBI.

Una mueca de profundo estupor se reflejó en el rostro del individuo. Terminó por reír en estridente carcajada.

—¿Una mujer... agente del FBI? Quiere burlarse de mí, ¿verdad? Stella le tendió la credencial.

Charles Wiggins volvió a parpadear asombrado. Incrédulo. Contemplando la credencial con el estupor reflejado en sus facciones.

—Conozco al inspector Hendry, a los agentes Lowell y Robertson..., ellos investigan con frecuencia por Garden City. Pero una mujer en el FBI...

—No soy la única, Charles —sonrió Stella recuperando la credencial—. Existen ya muchos agentes femeninos en el Federal Bureau of Investigation. ¿Responderás ahora a mis preguntas?

—Desde luego. No quiero que mueran más chicas de Garden City. Si yo atrapara a Kanchar con mis manos...

Wiggins hizo un ademán con aquellas manazas. Sin duda Kanchar lo pasaría mal frente al corpulento individuo.

—¿Y bien, Charles? ¿Con quién mantuvo relaciones Bertha Simmons?

—Con George Crawford. ¿Sabe quién es? Crawford, después de Sandra Russell, es quien dirige Garden City. Se enamoró de Bertha, pero sus relaciones no prosperaron.

Terminaron hace ya un par de años. Ya nada había entre ellos.

—¿Sospechas de alguien, Charles?

—¿Cómo?

—Tres chicas de Garden City han sido asesinadas. ¿Quién crees que es el asesino?

—Un hijo de perra.

—En eso estamos de acuerdo, Charles; pero me gustaría que fueras más concreto.

¿Sospechas de alguien de la compañía? ¿Alguien que se llevara mal con...?

—No. Aquí todos somos amigos. Nos ayudamos unos a otros. La chica del FBI decidió terminar aquel interrogatorio que no conducía a nada positivo. —¿Por dónde está la *discotheque*?

—La acompañaré.

—¿No tienes que vigilar el *parking*?

Charles Wiggins pareció ofenderse.

—Yo soy el chófer particular de Sandra Rusell. Ése es mi único trabajo. Sandra tampoco quiere que haga nada más. Yo ayudé a su padre a construir Garden City.

Habían dejado atrás el *parking*. Recorrieron la calzada principal donde se alineaban a ambos lados los distintos barracones. Un luminoso de parpadeantes intermitencias anunciaba la *discotheque*. Wiggins extendió su brazo derecho.

—Aquélla es. Allí encontrará al señor Allerson.

—Gracias por todo, Charles.

Stella prosiguió caminando sola, para minutos más tarde penetrar en la *discotheque*. La sala, aunque amplia, era menor que el *night-club*. La decoración también era distinta. Más psicodélica. Futurista. Idiotizante...

También allí proliferaban los pósters. En una pequeña pantalla se pasaban diapositivas. Las luces destellantes mareaban a los no iniciados. En una de las jaulas colgantes la *gogogirl* de turno, con un ceñido suéter en peto y reducidos *hot-pants*, seguía el trepidante *rock* del sempiterno Elvis. Las parejas en la pista la imitaban retorciéndose con gran entusiasmo.

Melenudos y minifalderas.

Ése era el público.

Stella permaneció junto a una de las columnas de la entrada principal. Hasta acostumbrarse a aquel jolgorio de luz y sonido.

El *single* de Elvis Presley dejó de girar.

Se encendieron algunas de las luces fijas del local.

Fue entonces cuando la chica del FBI descubrió a Frank Allerson.

Éste caminaba con precipitado paso hacia una de las salidas laterales. Stella también abandonó el local.

Esperó junto al porche.

Allerson debía de pasar forzosamente por allí.

El encuentro con la joven hizo enrojecer al *disc-jockeys*. Dirigió una furibunda mirada a Stella. El rostro de Frank Allerson ya no resultaba tan atractivo. Tenía los labios hinchados y el pómulo izquierdo algo amoratado.

—Hola, Frank —sonrió Stella ignorando deliberadamente la dura mirada del hombre—. Te has perdido una succulenta cena.

—No comparto su modo de actuar, señorita Garson. No es correcto. No me gusta que se burlen de mí.

Stella amplió la sonrisa en sus gordezuelos labios.

—¿Qué ocurre, Frank? ¿Ya no me tuteas?

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Qué esperaba conseguir con ese engaño de la carta? ¿Por qué no se presentó como agente del FBI?

—¿Quién te ha dicho que soy agente del FBI?

—George Crawford ha dado orden a todos los encargados de Garden City para que colaboren con usted permitiéndole la entrada en todos los lugares. Estaba cerca y le escuché. No podía creerlo, pero George me aseguró que usted pertenece al FBI. Ha sido una fea jugada.

—Tal vez, Frank.

—¿Le ha servido de algo?

—Por supuesto. El truco de la carta me ha revelado tu inclinación hacia Elizabeth Koster. Tú mismo lo afirmaste.

—¿Y qué? Me gustaba la chica. Eso es todo.

—Sin embargo, me ocultaste tu intento de propasarte con ella en los vestuarios del *snack*.

Frank Allerson volvió a enrojecer.

—¡Eso es falso! Simplemente trataba de besarla y...

—Sandra Rusell os sorprendió. En esos mismos vestuarios Elizabeth te arrojó las llaves del *bungalow*. ¿Qué ocurrió con ellas?

—¡Al diablo con usted!

—No, Frank. Ahora te está interrogando un agente de FBI. Responde a mis preguntas.

¿O prefieres hacerlo en el Departamento?

La voz de Stella había sonado firme.

Con una dureza hasta entonces desconocida.

—Ya se lo dije anteriormente. Las llaves quedaron allí. En el suelo. No volví a recordarlas.

—Quedaste solo en los vestuarios, Frank. Junto con las llaves. Lo lógico hubiera sido recogerlas.

—No lo hice.

—¿Por qué?

—Pues... yo pensé que Elizabeth se volvería atrás y terminaría por aceptar mi invitación.

La chica del FBI le dirigió una despectiva mirada.

—Me pareces un pobre diablo, Frank. Un fatuo estúpido. Quiero que me proporciones una relación de los que acudieron a tu fiesta en el *bungalow*.

—Ya le he dicho que...

—¡Quiero esa relación! Mañana a primera hora la entregarás en el Departamento del FBI. Tienes el resto de la noche para pensar en los que acudieron. Procura no olvidar a ninguno. ¿De acuerdo, Frank?

—Está bien.

—¿Qué te ha ocurrido en la cara? ¿Has tropezado con alguna puerta?

Allerson se llevó instintivamente la mano a los maltrechos labios.

—Eso no le importa.

—Okey, Frank. ¿Nos vamos ya?

—¿Irnos? —Allerson se permitió una sonrisa que hizo sangrar su labio superior—. Regreso yo solo, señorita Garson. No puede obligarme a que la lleve en mi auto. Le deseo suerte para encontrar un taxi. ¡Buenas noches!

Frank Allerson se alejó a grandes zancadas.

Su infantil reacción hizo que Stella riera en cantarina carcajada. Se llevó un cigarrillo a los labios. Con indiferencia. Sin importarle el desplante de Allerson.

Poco más tarde llegaba al *parking*.

El coche del *disc-jockeys* ya no estaba allí.

Stella suspiró resignada abandonando el amurallado recinto de Garden City. En las proximidades del Ellens Park existían varias paradas de taxi. También un servicio especial de autobuses que llegaba hasta la misma entrada principal de Garden City; pero según el horario indicado faltaban más de treinta minutos para su salida.

Stella comenzó a caminar por el extenso Ellens Park.

La clásica neblina de San Francisco, procedente del mar, ya había hecho su aparición. El primer estacionamiento dedicado a taxis estaba desierto. Ni un solo vehículo. Aquella zona de Ellens Park parecía deshabitada. Los árboles se elevaban como fantasmagóricas sombras.

El seguir por aquella avenida principal desviaba considerablemente a Stella de su destino. Por eso decidió adentrarse por una de las bocacalles que conducían a Magen Road. Allí le resultaría más fácil localizar un taxi.

La estrecha bocacalle, escoltada por frondosos árboles, estaba envuelta en la más completa oscuridad. Las gruesas ramas impedían filtrar la nívea luz de la luna.

Sí.

Todo era oscuridad.

A mitad del recorrido se escuchó aquel leve sonido. Como el de un cuerpo arrastrándose por los matorrales.

Stella no aceleró su paso.

Aguzó el oído.

También escuchó ahora un ronco jadear. Súbitamente una sombra surgió a su derecha.

Abalanzándose en felino salto sobre Stella.

Una satánica risa quebró el silencio de la noche.

Kanchar había elegido a su cuarta víctima.

CAPÍTULO VI

Stella Garson, en un alarde de reflejos, esquivó a su atacante.

Unas enguantadas manos pasaron rozando su frágil garganta. Pudo ver la borrosa figura del individuo. Semiencorvado. Con una media de seda enfundada en su cabeza y desdibujando sus facciones.

No era necesaria aquella precaución.

La oscuridad era total.

El hombre se revolvió. Parecía muy fuerte, pero también sus movimientos estaban dotados de agilidad felina. De nuevo tendió sus manos hacia Stella. Ésta volvió a esquivarle ladeándose a la vez que le aplicaba un seco golpe en el costado.

La fantasmagórica sombra trastabilló.

Stella introdujo su mano derecha en el bolsillo del *liquet* apoderándose del revólver. De pronto sintió un brutal golpe en su diestra. El arma cayó al suelo sorprendiendo a la muchacha. Asombrada de la capacidad de reacción del individuo tras el duro golpe de karate aplicado.

El hombre había logrado atenazarla entre sus brazos.

Escuchó su jadear.

El aliento del hombre sobre su rostro.

—Ya eres mía, maldita... Kanchar volverá a matar... Tú serás la cuarta víctima de Kanchar...

Stella demostró sus cualidades de experta judoka. Sin apenas esfuerzo volteó al individuo que cayó aparatosamente sobre el asfalto. En su caída desgarró el chaquetón de Stella haciéndola vacilar.

Sin poder mantener el equilibrio se desplomó sobre el asesino. Una lucha cuerpo a cuerpo no convenía a Stella. Trató de incorporarse, pero una enguantada mano se cerró presionando su cuello.

La satánica risa volvió a sonar.

Ronca.

Entrecortada por el jadear...

—Nadie escapa a Kanchar...

La oscuridad dificultó la acción de Stella. Su diestra silbó en el aire

en mortífero golpe de karate que no alcanzó puntos vitales; sin embargo, Kanchar lo acusó. Su mano cedió en la presión ejercida sobre el cuello de la muchacha.

Stella aprovechó aquello para zafarse de su opresor en acrobático salto. La enguantada mano, en su deseo de no soltar la presa, desgarró la blusa femenina.

Pero ya Stella estaba en pie.

El asesino no tardó en imitarla.

—Maldita..., no tenía intención de matarte aquí...

Stella se esforzó por reconocer aquella ronca voz pero le llegaba desfigurada por la media de seda que ocultaba el rostro del individuo.

—¿De veras, Kanchar? ¿Adónde pensabas llevarme? ¿Tienes las llaves de algún otro *bungalow*?

—Te mataré aquí...

—No te resultará sencillo. Doris, Bertha, Elizabeth, ellas sí fueron fácil presa.

Se estudiaban en la oscuridad.

Dejándose llevar por la voz.

—También acabaré contigo..., el FBI perderá su más encantador agente.

Apenas pronunciadas aquellas palabras la hoja de un cuchillo destelló en la oscuridad.

Con siniestro brillo. El cuchillo avanzó hacia Stella trazando rápidos semicírculos.

La chica del FBI comenzó a retroceder.

—Tienes miedo, ¿verdad, nena? Eso me gusta..., quiero que tiembles..., te reservaba una bonita muerte, pero tu resistencia me...

De pronto Stella dejó de retroceder.

Un certero puntapié alcanzó la mano armada, obligando a Kanchar a soltar el cuchillo; pero el asesino reaccionó con brutal violencia.

Ciego de ira. Furioso de verse burlado por una mujer.

Se abalanzó sobre ella.

Rodaron por el suelo.

Stella quedó aplastada por el peso del hombre. Inmóvil. Las enguantadas manos de Kanchar se apoderaron de nuevo del cuello femenino. Atenazándolo con fuerza.

La chica del FBI sintió que le faltaba la respiración. Sus ojos se nublaron y todo giraba vertiginosamente a su alrededor.

Ni tan siquiera se percató de los potentes focos que avanzaban velozmente por la bocacalle rompiendo la oscuridad reinante.

Kanchar sí se percató de ello.

Intentó arrastrar el cuerpo de la muchacha hacia los matorrales cercanos, pero ya los potentes faros del coche le enfocaron. El vehículo se detuvo con estridente chirriar de frenos.

Sonó una voz:

—¡Eh, deténgase!

Kanchar no hizo el menor caso. Soltó a su presa y, escapando de aquel manantial de luz que le iluminaba, se precipitó en veloz carrera hacia los matorrales desapareciendo tragado por las sombras.

El hombre que descendiera del coche llegó junto a Stella ayudándola a incorporarse.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Stella respiraba entrecortadamente. Sus manos daban repetidos masajes en el cuello. Paulatinamente se recuperó del *shock*.

—¿Dónde está?

—¿Se refiere al fulano que la atacó? No se preocupe. Echó a correr apenas verme llegar. —¿En qué dirección?

El individuo se encogió de hombros señalando vagamente hacia los setos que bordeaban la calzada.

—Por allí. Corría como alma que lleva el diablo. Con esa velocidad ya debe estar cruzando el puente Oakland. ¿Quién era?

Stella forzó una sonrisa.

—Era mi novio.

El individuo, de unos veintiocho años y rostro simpático, parpadeó repetidamente. Algo incrédulo. Los faros del coche le permitían ver a la muchacha. El chaquetón rojo desgarrado y la blusa hecha jirones.

—Diablos... Un tipo fogoso su novio, ¿eh?

—Aún no le he dado las gracias por su oportuna llegada, señor...

—Rooney. Dean Rooney.

—Yo soy Stella. ¿Adónde se dirige?

—Me disponía a pasar un rato en el *night-club* de Garden City; pero me ofrezco a llevarla donde usted quiera.

—Gracias, Dean. Se lo agradezco. Tan sólo hasta la salida de Ellens Park. Allí tomaré un taxi.

El bolso de Stella estaba en el suelo. Varios de sus pequeños objetos personales esparcidos por el suelo.

Dean Rooney comenzó a recogerlos galantemente.

Los verdes ojos de Stella trazaron una rápida mirada. El corazón casi le da un vuelco al descubrir el cuchillo junto a los matorrales. Se inclinó para recoger su pañuelo de seda. En él, cuidadosamente, envolvió el largo cuchillo. También a poca distancia encontró su revólver. Lo guardó en el bolsillo del *liquet* rojo.

Dean Rooney, de espaldas a la joven, terminó de recoger todo lo esparcido. Tendió el bolso a Stella.

—Creo que estará todo.

—Gracias, Dean.

—¿Quiere que le acompañe para formular la correspondiente denuncia? No me importa acudir de testigo.

—No pienso formular la denuncia —sonrió Stella introduciéndose en el coche—. Olvidaré lo ocurrido.

—¿De veras? Hace mal, Stella. Es preciso dar un buen escarmiento a los individuos que intentan...

Rooney se interrumpió al contemplar cómo Stella trataba de componer la destrozada blusa. Cuanto más se esforzaba en cubrir, más dejaba al descubierto.

Dean Rooney tragó saliva con dificultad.

—Oiga..., ¿qué le parece una copa de *brandy* en mi apartamento? Allí se recuperará del susto y...

—¿Qué me decía antes de escarmentar a ciertos individuos?

Dean Rooney captó la indirecta.

Puso en marcha su coche.

—Olvídelo. Hablo demasiado. ¿Dónde vive?

—En la Perry Avenue, pero ya le he dicho que tomaré un taxi a la salida de Ellens Park.

—Nada de eso. La llevaré hasta su casa. No está en condiciones de deambular por San Francisco. A estas horas de la noche es difícil encontrar un vehículo libre.

—Es usted muy amable, Dean.

La dulce y sensual voz de la muchacha, hizo que Dean Rooney volviera a tragar saliva. De saber que llevaba a su lado un agente

del FBI su entusiasmo hubiera descendido algunos enteros.

CAPÍTULO VII

El coche se detuvo con suavidad frente al número 1187 de la Perry Avenue. El domicilio indicado por Stella.

Dean Rooney dirigió una superficial mirada al edificio.

—Bien... Ya hemos llegado. Ha sido un placer ayudarla, Stella.

La muchacha se inclinó sobre él.

Sus labios rozaron los de Rooney.

—Es el premio por salvarme la vida. Adiós, Dean.

Stella abandonó el vehículo dejando tras de sí al perplejo Dean Rooney. Éste se acarició los labios como queriendo retener el beso recibido. Demasiado fugaz para su gusto.

La chica del FBI penetró en el edificio.

El conserje no estaba tras el mostrador de recepción. Peor para él.

La desgarrada blusa de Stella era todo un espectáculo.

Se introdujo en la cabina del elevador.

En su poder el envoltorio donde guardaba el largo cuchillo. El arma homicida utilizada por Kanchar para desembarazarse de sus víctimas.

Stella recorrió el largo pasillo hasta detenerse frente a su apartamento. Le costó trabajo encontrar la llave entre los desordenados objetos del bolso. Segundos más tarde abría la puerta. Por unos instantes quedó inmóvil bajo el umbral.

Desde allí era visible el salón. Con la luz encendida. También le llegó la voz de Rod Stewart interpretando su *Never a dull moment*.

Stella avanzó sin precaución alguna.

Sospechando quién era su visitante.

Barry Lowell estaba junto al tocadiscos. Con un largo vaso de *whisky* en su diestra. Lo alzó saludando a la muchacha.

—Buenas noches, Cenicienta. Ya pasa mucho de medianoche, ¿no crees? Espero que...

¡Diablos! No sólo has perdido el zapato, sino también la blusa. ¿Qué te ha ocurrido?

En los verdes ojos de Stella relampagueó un extraño brillo.

Capaz de eclipsar el resplandor de la esmeralda.

Avanzó lentamente desconectando el tocadiscos. Depositó el alargado envoltorio sobre el mueble.

—¿Qué haces aquí, Barry? ¿Cómo has conseguido entrar?

—Tengo un duplicado.

—¿Y quién te ha autorizado para introducirte en mi apartamento? Violación de domicilio. En contra de la Cuarta Enmienda de la Constitución.

—No dramatices. Quise entregarte una copia de la declaración de Frank Allerson para así completar el *dossier*. Nadie respondió a mi llamada. Me extrañó y entonces decidí...

—No lo vuelvas a hacer, Barry. No me gusta.

—De acuerdo, nena. No te preocupes. El inspector Hendry no se enterará de tus aventuras nocturnas. Te vi desde la ventana cómo despedías al fulano. Los coches descapotables son muy indiscretos.

—Creí que el chismorreó era privilegio femenino, Barry. ¿También te dedicas a espiarme? Dudo que tengas autorización del inspector Hendry. Me dio carta blanca para...

—Lo sé, nena. Ya te he dicho que únicamente quería entregarte el duplicado de la declaración de Allerson. Me sorprendió el no verte aquí y decidí esperarte. Te pido disculpas.

Stella ya no trataba de componer su destrozada blusa.

Ello hacía que los ojos de Lowell se tornaran vidriosos. La chica del FBI se percató y optó por no hacerle sufrir más.

—Prepárame un *whisky* con mucho hielo y poca agua.

Stella se introdujo en el dormitorio. Reapareció a los diez minutos. Se había despojado de su anterior vestimenta. Ahora lucía una larga bata de fantasía en terciopelo... Sin escote... Sin provocativas transparencias...

El desencanto se leyó en los ojos de Lowell.

Stella avanzó sonriente. Había soltado su negro pelo que le caía majestuosamente sobre los hombros resaltando así la perfección de su ovalado rostro. Se llevó a los labios un cigarrillo dejándose caer en el sofá.

—Puedes guardar la declaración de Allerson. Yo misma le he interrogado en su domicilio.

—¿De veras? ¿Qué te ocurrió? ¿Te resististe a los atractivos de Allerson?

—Mi pelea no fue con él, sino con Kanchar.

Barry Lowell le ofrecía en ese momento el vaso de *whisky*. No pudo evitar un leve sobresalto derramando algo de líquido. Dirigió una penetrante e incrédula mirada a Stella.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto, querido. Jamás bromeo con el trabajo.

Stella le contó lo ocurrido.

Con todo detalle.

Desde su visita a Frank Allerson hasta cuando fue atacada por Kanchar en Ellens Park y la oportuna aparición de Dean Rooney.

Lowell la escuchaba con atención. Contemplando admirado a la muchacha.

Reconociendo su astucia y valor.

—Y recompensaste a ese Rooney con un beso.

—¿Qué menos podía ofrecerle? Kanchar me tenía a su merced. Al verse deslumbrado por los faros del coche huyó.

—¿Estás segura de que era Kanchar? Desgraciadamente en San Francisco abundan los sádicos que deambulan por los solitarios parques para atacar a lindas jovencitas y...

—Era Kanchar. El mismo lo dijo.

—Bien... Tenemos en Frank Allerson un magnífico sospechoso. No sólo por la extraña desaparición de las llaves de su *bungalow*, sino porque Allerson era el único en saber que tú recorrerías Ellens Park a pie. El se largó con su coche convencido de que no encontrarías taxi a la salida de Garden City. Deberías recorrer Ellens Park a pie. Te esperó agazapado y...

—No está mal, Barry; pero yo sospecho de George Crawford.

—¿Crawford? ¿El administrador de la señora Russell? ¿Por qué?

Los gordezuelos labios de Stella succionaron voluptuosamente el cigarrillo. Se encogió de hombros.

—No lo sé. Intuición. George Crawford se mostró muy nervioso. Parecía ocultar algo. Estoy segura que corrió a comunicar a Allerson que yo era agente del FBI. No sólo se lo comunicó, sino que además le hizo saltar un par de dientes. Existe algo entre Allerson y Crawford.

—¡Maldita sea...! ¡Intuición! Eso es impropio de un agente del FBI. ¡Aunque seas una mujer!

—No es intuición femenina, querido. Es mi instinto de policía quien me lo indica.

—¡Al diablo con eso! Frank Allerson es el principal sospechoso. Sólo él sabía que caminarías por Ellens Park. Según tú, Kanchar mencionó que pertenecías al FBI. Que pensaba eliminar a su más encantador miembro, ¿no es cierto? Sabía que eras agente del FBI. ¿No son demasiadas coincidencias? ¡Frank Allerson es el hombre que buscamos!

—¿Por qué no Sandra Rusell?

De nuevo, el rostro de Barry Lowell reflejó estupor. Arqueó las cejas temiendo ser objeto de una burla.

—¿Te has vuelto loca?

—Sandra Rusell también sabía que yo era agente del FBI.

El

G-men

profirió una soez maldición.

—¡A los pocos minutos de tu llegada lo sabía todo Garden City! George Crawford lo pregonó, ¿no es cierto?

—Ajá. Formaba parte de mi plan.

Lowell inspiró profundamente.

Se pasó el dorso de la mano por la frente y, tras ahogado suspiro, se dejó caer en el sofá.

Junto a Stella.

—Cada vez lo entiendo menos, pequeña. Empecemos por el principio. ¿Quieres explicarme tu plan?

—Una mujer agente del FBI sería tentación demasiado grande para Kanchar. El inspector Hendry estaba en lo cierto. Yo sería el mejor cebo. Y el asesino ha picado el anzuelo. Demasiado pronto, tal vez. De saberlo le hubiéramos tendido una trampa. Se ha dejado llevar por su odio hacia el FBI. Acabar conmigo colmaría sus delirios de grandeza y su superioridad sobre el inspector Hendry. Aunque también es posible que...

Stella exhaló una bocanada de azulado humo.

Quedó unos instantes en silencio.

Barry la contemplaba entre intrigado y divertido. Interiormente sentía admiración por la joven.

—Adelante, Stella. No te detengas. ¿Qué nueva idea *ha*, germinado en tu linda cabecita?

—Se me estaba ocurriendo... Nosotros buscamos a un asesino. A un peligroso psicópata. Puede que Kanchar reciba órdenes de alguien.

De Sandra Russell, George Crawford, Frank Allerson... De alguien que ha decidido eliminar a sus enemigos sin levantar sospechas. Toda nuestra atención se centra en un loco que aturde al FBI por medio de llamadas telefónicas y rescates ridículos. Todo una simple pantalla para ocultar a un cerebro criminal que acaba con sus contrincantes por el brazo ejecutor de Kanchar.

Un vulgar asesino a sueldo.

Lowell quedó con la boca entreabierta.

Para reanimarse se atizó el doble de *whisky* de un solo trago.

—Stella..., eres algo único. Empiezo a reconocer tu valía como agente del Federal Bureau of Investigation; pero ganarías más como escritora de novelas policíacas. ¡Tu calenturienta imaginación es fabulosa!

—¿Eso crees?

—Seguro.

—¿Quieres decir que no te gustó mi hipótesis?

—Frank Allerson es nuestro hombre. Apretándole un poco las clavijas terminará por confesar. Mañana hablaré con el inspector Hendry. De seguro dará orden de detención contra Allerson, sospechoso del asesinato de las tres mujeres.

Stella sonrió.

Enigmática.

—Dudo que esperes a mañana, querido. Olvidó decirte algo. Kanchar me atacó con un cuchillo.

—Eso ya me lo has dicho.

—Lo perdió durante la lucha dejándolo olvidado.

—¿Quieres decir...?

—Ahí, Barry. Junto al tocadiscos.

Lowell se incorporó como impulsado por un resorte precipitándose hacia el lugar indicado por la joven agente.

—Con cuidado, Barry —recomendó Stella sin abandonar la sonrisa de sus carnosos labios—. Estoy convencida de que no encontraremos huellas, pero evita el dejar las tuyas.

Lowell había extendido el pañuelo de seda.

Contemplaba el cuchillo fijamente. Con los ojos desorbitados y una mueca de asombro en su rostro.

—Stella... esto... es fabuloso... ¡Las horas de Kanchar están contadas!

—No cantemos victoria, Barry.

—¡Tenemos el arma homicida!

La chica del FBI se había incorporado del sofá aplastando el cigarrillo sobre el cenicero de cristal. Con leve ondular de caderas se aproximó a Lowell. También sus verdes ojos se posaron en el cuchillo.

—El hombre que me atacó utilizaba guantes.

—¡Pero el cuchillo le pertenece! Encontraremos alguna huella latente. Cualquier huella anterior. Ah, diablos... Pronto caerá en nuestro poder. Es en efecto un cuchillo turco. Un *kanchar*. También descubriremos de dónde procede. Es un arma muy especial...

—¿Te has fijado en esa cabeza de Satán?

Lowell movió lentamente la cabeza.

Endureciendo sus facciones.

—Sí, Stella. Los dos afilados cuernos. Son los que producían los finos trazos paralelos en el rostro de las víctimas. Aquellos surcos sanguinolentos que nos desorientaban. Ahora me explico cómo los dibujaba el asesino.

Barry Lowell volvió a cubrir el arma con el pañuelo de seda. Desvió su mirada hacia Stella.

Reflejándose en aquellos verdes ojos.

—Un magnífico trabajo, pequeña. ¿Puedo felicitarte?

Sin esperar la respuesta, Lowell se inclinó sobre la muchacha besándola fugazmente en la comisura de los labios.

Se apoderó del envoltorio.

—Bien, Stella. Puedes descansar lo poco que queda de noche.

—Lo haré. Ahora sí me encuentro fatigada.

—Comunicaré de inmediato con el inspector Hendry y despertaremos a todo el personal de laboratorios, si es preciso. Debemos investigar cuanto antes todo lo relacionado con este cuchillo. Mañana, cuando despiertes, ya el caso estará solucionado. Stella hizo un delicado mohín con los labios.

—Me gustaría tener tu optimismo, Barry.

—Te llamaré para comunicarte las novedades.

—Barry...

—¿Sí?

—No me llames muy temprano.

Lowell asintió con una sonrisa. Fue hacia el *living* seguido de la

muchacha. Al llegar junto a la puerta de salida se detuvo para introducir su mano derecha en el bolsillo de la chaqueta. Extrajo un pequeño llavero.

—Aquí tienes el duplicado de tu apartamento. Tenías razón. No estuvo bien faltar a la Cuarta Enmienda de la Constitución.

—¿Te sigo resultando antipática, Barry?

—Oh, no... ¿Acaso no te he felicitado?

Stella sonrió dulcemente.

—Fue muy corta tu felicitación.

Barry Lowell temió no comprender a la muchacha, pero decidió correr el riesgo de equivocarse. La estrechó entre sus brazos, besándola nuevamente.

CAPÍTULO VIII

La chica del FBI, pese a no haber recibido llamada de Barry Lowell, fue incapaz de prolongar su descanso más allá de las nueve de la mañana. Se incorporó del lecho procediendo a su aseo personal.

Cuarenta y cinco minutos.

Poco tiempo tratándose de una mujer.

Frente al edificio continuaba el «Ford Mustang» proporcionado por Lowell.

Stella se introdujo en el vehículo. Ocultaba sus verdes ojos tras unas oscuras gafas de sol. Lucía un minivestido sin mangas y con escote en pico cruzado y abrochado hasta la cadera con un ancho cinturón en napa blanca. Un modelito alegre, juvenil y provocativo.

El «Mustang» enfiló por la longitudinal Perry Avenue.

Directamente al Departamento.

Stella estaba impaciente por conocer los resultados de la investigación. Alguna huella, cualquier indicio sobre la procedencia del cuchillo sería un gran paso para la identificación y captura de Kanchar. Los archivos y laboratorios técnicos del Federal Bureau of Investigation, los más poderosos del mundo, realizarían el trabajo.

Estacionó el «Mustang» en el *parking* privado. Desde los sótanos del Departamento el elevador la condujo a la tercera planta.

Sala de comunicaciones y, mientras perdurara el caso Kanchar y sus diabólicas llamadas telefónicas, centro de operaciones del inspector Hendry. Reinaba una gran actividad en toda la sección.

Stella Garson encaminó sus pasos hacia el despacho del inspector. En la estancia solo se encontraba Barry Lowell. Tras la mesa escritorio y hablando por uno de los teléfonos.

Sonrió al ver a la muchacha.

Instantes después colgaba el auricular.

—Eres muy madrugadora, Stella.

—No pedía dormir. ¿Alguna novedad?

Barry Lowell se reclinó en el sillón giratorio. Se dio un masaje en las sienes. El cansancio se reflejaba en su rostro.

—Nada en concreto por el momento.

Stella se acomodó en uno de los sillones que adornaban el despacho. Cruzó las piernas. El abatimiento de Lowell debía ser total, ya que ni siquiera dirigió una mirada a los bronceados muslos de la joven, mostrados con generosidad.

La chica del FBI encendió un cigarrillo.

—Lo suponía.

—Sí, Stella. Tú tenías razón. Ni una sola huella en el cuchillo. Incluso nuestros técnicos han descubierto un dato aún más descorazonador. El cuchillo no ha sido utilizado para la muerte de las tres mujeres. Doris, Bertha y Elizabeth no fueron apuñaladas con esa arma.

Stella no se inmutó.

Su escalofriante entereza le hacía asimilar las más sorprendentes noticias con absoluta indiferencia.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí, Stella. Por mucho que se haya limpiado el cuchillo los del laboratorio descubrirían el más insignificante y microscópico residuo. Esa arma no se tiñó con la sangre de Doris Logan, ni en la de Bertha o Elizabeth... Aunque tenemos una buena explicación para el caso. Esa arma forma parte de un juego de siete cuchillos.

—¿Habéis averiguado su procedencia?

Lowell asintió atrapando un papel depositado en la mesa.

—No ha resultado sencillo, pero aquí lo tenemos. Toda la historia. Los cuchillos fueron fabricados en Albania. Un estuche de siete cuchillos artísticamente trabajados. En el mango de todos ellos figuraba la cabeza de Satán con distinta expresión de rostro. Ira, avaricia, lujuria, gula... Durante la Segunda Guerra Mundial, con Albania en poder de los alemanes, uno de los oficiales nazis se encaprichó del estuche adquiriéndolo por un ridícula cantidad. Con la derrota de Alemania, y posteriormente retirada de los ocupantes, el estuche fue subastado con otras pertenencias del oficial alemán.

—¿Quién adquirió el estuche?

Lowell sonrió.

Alzó su mano izquierda recomendando paciencia a la muchacha.

—Terminada la Segunda Guerra Mundial, Albania proclamó su independencia. Uniéndose a la alegría popular un circo actuó por distintas ciudades albanesas. Una mujer joven y atractiva compró el estuche con los siete cuchillos. Su nombre era Larisa Klim,

contorsionista y de nacionalidad yugoslava. Dos años más tarde Larisa contraía matrimonio con Robert Calhern y con ello adquiría también la nacionalidad norteamericana. Robert Calhern y su joven esposa Larisa deambularon por los Estados Unidos actuando en diversos circos. El tal Robert Calhern tenía un hijo de unos catorce años de edad fruto de su anterior matrimonio.

—¿Divorciado?

—No. Era viudo cuando contrajo matrimonio con Larisa. Su primera mujer murió al nacer el pequeño Donald. Robert y Larisa realizaban un arriesgado número circense.

Robert era lanzador de cuchillos. Dibujaba con ellos la silueta de Larisa.

Stella esbozó una sonrisa.

—Y esos cuchillos...

—Ajá. Eran los *kanchar*. Los siete cuchillos fatídicos. La historia termina trágicamente. Larisa abandonó a Robert, pero éste la siguió con deseos de venganza. Dio con ella en un circo ruso que actuaba en Kansas City. Y allí mismo la cosió a puñaladas. Todo el cuerpo. Remató su obra seccionando la yugular de Larisa. El hijo de Robert presencié la escena. Horrorizado del crimen de su padre. Aquél fue el inicio de una sangrienta carrera. Robert Calhern huyó con su hijo Donald. Tras cometer varios robos con violencia pasó a Texas. Allí mantuvo relaciones con una cantante de Dallas. También la liquidó. Escapó de nuevo a otro estado. Sus delitos federales obligaron la intervención del FBI. Tras encarnizada persecución fue capturado por el entonces agente del FBI, Brian Hendry.

En esta ocasión Stella no pudo reprimir un leve parpadeo de asombro. Se recuperó al instante.

—¿Qué fue de Robert Calhern?

—Condenado a treinta años de prisión.

—¿Los está cumpliendo?

—No, Stella. Murió en prisión hace exactamente diez días. Su compañero de celda le golpeó la cabeza contra la pared hasta ocasionarle la muerte. Los periódicos de Atlanta divulgaron la noticia que pasó desapercibida para el resto del país. Al día siguiente de la muerte de Robert Calhern, aquí, en San Francisco, el inspector Hendry recibía la primera llamada de Kanchar. Anunciando la primera de las víctimas. Iniciando el desafío. Tú

tenías razón, Stella. Una vez más.

—¿A qué te refieres?

—Aconsejaste revisar a los posibles enemigos del inspector Hendry. A los que pudieran haber salido de prisión recientemente.

—Robert Calhern no salió.

—Es su hijo Donald quien ejecuta la venganza.

—Lógica deducción, Barry. ¿Ya le habéis localizado?

—Todavía no. El inspector Hendry está en contacto con Washington. Allí consta la ficha de Donald Calhern. No se le demostró culpabilidad alguna en los asesinatos cometidos por su padre. Donald era levantador de pesos. Un tipo fuerte y corpulento. Trabajó en varios circos tras la detención de su padre. Cambió de nombre en multitud de ocasiones. En 1972 se perdió su rastro. Estamos en comunicación con Kansas, Arizona, Texas, Colorado... Debemos averiguar el nombre actual de Donald Calhern. Su último empleo que tenemos noticia fue en un circo de Denver, por los años cincuenta. Concretamente en el 1953.

—En 1953...

—¿Te dice algo ese año, Stella?

—Fue cuando el señor Rusell inició la construcción de Garden City. Abandonó el circo donde actuaba para dedicarse por completo a la ciudad rodante. Sandra Rusell me lo dijo.

—¿Otra intuición?

—¿Por qué no? Tal vez Donald Calhern se unió a la Garden City.

—Debemos localizarle cuanto antes. Donald Calhern es nuestro hombre.

—¿Ya has olvidado a Frank Allerson?

—No te burles, Stella. Ayer no conocíamos la historia de Robert Calhern y sus cuchillos. Se trata de una venganza. Donald quiere destruir al inspector Hendry. Le ha desafiado trazando un diabólico plan. Cometiendo crímenes que ridiculizan al inspector Hendry ante la opinión pública, comunicando sus proyectos, indicando el lugar donde encontrará a las víctimas... La posición de Brian Hendry es sumamente delicada. La Prensa ya empieza a pedir su cabeza. Eso es lo que busca Kanchar. Desprestigiar al inspector. Ésa es su venganza.

—¿Venganza? ¿Por qué ha esperado tanto tiempo? Su padre Robert Calhern llevaba años en prisión.

—Tenemos la ficha de Donald Calhern. En su infancia fue internado en un centro psiquiátrico. Tal vez la muerte, de su padre hizo que actuara con violencia, impulsándole a sus monstruosos crímenes... Apuñala a sus víctimas y luego les secciona la yugular.

—Igual muerte tuvo su madrastra Larisa.

—Sí. Y Donald presenció cómo su padre acababa con ella. No hay duda posible, Stella. Donald Calhern es Kanchar. Todo coincide. Incluso el adoptar ese nombre. Kanchar. Siete cuchillos. Sin duda utiliza uno para cada víctima. De ahí el no haber encontrado huellas, en el cuchillo que obra en nuestro poder.

—Bien..., por primera vez estamos de acuerdo, Barry. Donald Calhern es nuestro hombre. Ahora sólo nos queda averiguar bajo qué nombre se oculta en la actualidad. Y descubrirlo pronto. Antes de que elija un cuarta víctima.

Brian Hendry penetró en ese momento en su despacho. Visiblemente excitado.

Portando en su diestra unos papeles.

—Hola, Stella. ¿Ya le ha puesto Lowell al corriente de la situación?

—Sí, inspector.

—La felicito. El haber conseguido ese cuchillo fue decisivo. He mantenido comunicación con la prisión de Atlanta. Robert Calhern recibía correspondencia con frecuencia. Su hijo Donald le escribía con distintos nombres y desde diversas ciudades. Me han proporcionado un dato muy significativo. Fechas del matasellos y lugar de donde procedían las cartas. Se da la curiosa circunstancia de que Garden City estaba instalada en las ciudades desde donde Donald Calhern enviaba las cartas a su padre.

—Eso significa que Donald forma parte del personal de Garden City.

—Correcto, Stella. Seguimos investigando para dar con su nombre actual. Tenemos la relación del personal de Garden City. Sandra nos la facilitó. Varios agentes estudian esa relación. Nombre por nombre. El inconveniente de utilizar nombres falsos es que carecen de historia. Cuando demos con uno de éstos nos conducirá también a Donald Calhern. A Kanchar. Esperaremos.

Stella se incorporó.

En sus verdes ojos un fuerte brillo.

—No es necesario esperar, inspector. ¡Ya sé quién es el asesino!

El «Pontiac» negro avanzaba a gran velocidad hacia Ellens Park. Barry Lowell iba al volante. A su lado el inspector Hendry. En el asiento trasero Stella Garson. La menos afectada de los tres. Extrajo de la cajetilla de «Thins» el último cigarrillo. Al abrir su bolso de mano quedó visible el reglamentario revólver del 38.

Brian Hendry manipuló la radio.

Atrapó el portáfono.

—Coche

D-1...,

coche

D-1.

¿Puede oírme, Robertson?

La voz del agente Peter Robertson llegó a través del micro.

—Aquí coche

D-1.

Le escucho, inspector.

—¿Por dónde se encuentra ahora?

—En Devon Street.

—Bien. Nosotros nos adentramos en este momento por Ellens Park —respondió Brian Hendry—. Sigan manteniendo la distancia. Nada de sirenas ni señales acústicas. Entraremos solos en Garden City. Que los muchachos controlen todas las salidas. De no recibir contraorden permanecerán rodeando Garden City. ¿De acuerdo, Robertson?

—Entendido, señor.

Brian Hendry volvió a depositar el portáfono en la horquilla. Ladeó la cabeza para dirigir una mirada a Stella.

—Espero que su corazonada sea cierta, Stella.

—No es corazonada, inspector. Charles Wiggins permaneció junto al *parking*. Debió ver cómo Allerson me dejaba plantada. Por eso, sabiendo que yo recorrería Ellens Park a pie, me esperó. Le mencioné que yo era agente del FBI. Kanchar lo sabía. Otro dato significativo es que Charles Wiggins ayudó a Rusell en la construcción de Garden City. Está en la ciudad rodante desde su fundación. Al igual que... Donald Calhern. No hay duda, inspector. Charles Wiggins y Donald Calhern son una misma persona. También

su aspecto físico coincide con la descripción que tenemos de Donald. Fuerte complexión. Propia de un levantador de pesos.

Hendry mesó nerviosamente sus cabellos.

—Lo sé, lo sé... todo parece indicar a ese Charles Wiggins; pero si sufrimos un error...

Stella sonrió.

—Pedimos disculpas. No era preciso esperar a que se investigara uno a uno todo el personal de Garden City. Podíamos dar pronto con Kanchar o perder toda la mañana estudiando esos nombres.

—En eso no estoy de acuerdo, Stella. Puede que Charles Wiggins sea el hombre que buscamos. De no ser así todo el despliegue policíaco alertaría al verdadero Donald Calhern. ¿Sigue fiel al plan trazado?

—Sí, inspector.

Barry Lowell intervino en la conversación.

Con voz algo irritada.

—Yo no estoy conforme con ese absurdo plan, señor. ¿Por qué arriesgar la vida de Stella? Si Charles Wiggins resulta ser el hombre que buscamos, una conversación con él a solas puede ser peligrosa. Ya sé que estaremos nosotros cerca, pero considero impropio correr el riesgo.

Hendry entornó los ojos hasta convertirlos en diminutas rendijas. En ellos parecía reflejarse un brillo burlón.

—¿Qué sugiere, Lowell?

—Yo me entrevistaré con Wiggins. Si descubro que se trata de Donald Calhern le detengo y...

—No encuentro diferencia entre su plan y el de Stella. Ella, al igual que usted, es un agente del FBI.

—Ella es una...

Lowell se interrumpió apretando con fuerza las mandíbulas. Los ojos del SAC sí brillaron ahora burlones. Sin disimulo alguno.

—Continúe, Lowell. ¿Qué iba a decir?

—Nada, señor. Perdona mi intromisión.

Brian le palmeó el brazo derecho.

—Le comprendo perfectamente, Lowell. El plan de Stella no me agrada, aunque reconozco que es el mejor. Perfecto..., y peligroso. Interrogar previamente a Wiggins tal vez no de los resultados que deseamos.

—Le obligaré a delatarse —dijo Stella.

—Podemos detenerle como sospechoso. Con un minucioso registro en su vivienda y un posterior interrogatorio en el Departamento obtendríamos los mismos resultados. —Kanchar es peligroso. Un peligroso psicópata. Sus reacciones no son fáciles de adivinar. Detenerle de súbito, acorralándolo, haría que reaccionara con brutal violencia.

—Y no queremos más derramamientos de sangre, ¿verdad, inspector? Brian Hendry, tras unos segundos de silencio, asintió con leve movimiento de cabeza. —Está bien... seguiremos el plan trazado. Le concedo cinco minutos, Stella. Transcurrido ese tiempo entraremos nosotros en escena.

El «Pontiac» ya se adentró en el recinto de Garden City buscando el primero de los *parkings*.

Sus ocupantes descendieron.

En la mañana pocas eran las instalaciones que funcionaban en Garden City. Permanecían abierto el *snack la discotheque* la sala de juegos electrónicos, el jardín botánico...; pero dado lo prematuro de la hora el número de visitantes era prácticamente nulo.

Stella se aproximó a uno de los uniformados empleados.

—Buenos días... Quisiera hablar con Wiggins.

—¿Wiggins? Se refiere al chófer particular de la señora Rusell, ¿no?

—Eso es.

El individuo consultó la esfera de su reloj.

—A estas horas le encontrará en su *roulotte*. Junto al *drive-in* están las viviendas. El *roulotte* de Charles es inconfundible. Rojo como la sangre. Es el único de ese color. Debe darse prisa. Dentro de treinta minutos, como todas las mañanas, Charles lleva a la señora Rusell a su habitual paseo por Market Street.

—Gracias.

La chica del FBI retornó junto a Hendry y Lowell.

—Charles Wiggins permanece en su carromato-vivienda. Han instalado las *roulottes* junto al *drive-in*... Mejor será volver a subir al coche. Hay un trecho considerable para recorrerlo a pie.

Se introdujeron de nuevo en el vehículo.

El «Pontiac» realizó un amplio semicírculo. El *drive-in* estaba en la parte opuesta a la entrada principal. Allí se amontonaban desordenadamente infinidad de autos con su correspondiente remolque-vivienda. De diversos colores.

En efecto destacaba uno de ellos.

Un *roulotte* rojo.

—Aquél es. El rojo —señaló Stella—. Puedes detener el coche aquí, Barry. Iré caminando hasta allí.

Stella se disponía a descender cuando el inspector la retuvo momentáneamente por el brazo.

—Cinco minutos, Stella. Después actuaremos nosotros. No se comprometa. Si ve la situación difícil o Wiggins reacciona con violencia al interrogatorio no dude en gritar.

Estaremos alerta.

Stella sonrió.

—Sólo grito ante un ratón, inspector.

La chica del FBI, abandonó el auto. Con lento caminar se dirigió al rojo *roulotte*. Soplabla una ligera brisa que hacía pegar su vestido al cuerpo como una segunda piel.

Desde una de las ventanas del rojo *roulotte*, unos ojos contemplaban furtivamente el caminar de la muchacha. Unos ojos que relampagueaban con satánico brillo. No de deseo, sino de marcado odio.

Aquellos ojos correspondían a Kanchar.

El asesino se alejó de la ventana acudiendo a la puerta del *roulotte*. En su diestra un largo cuchillo, cuya empuñadura terminaba en una siniestra cabeza de Satán.

CAPÍTULO IX

Stella empujó con suavidad la puerta del *roulotte*.

Charles Wiggins estaba tendido en el camastro. Parecía muy entusiasmado con un *comic* de *Flash Gordon*.

La chica del FBI golpeó la puerta con los nudillos haciendo que Wiggins girara la cabeza.

Se incorporó al ver a Stella.

—Oh, señorita Garson... ¿Qué hace por aquí?

—Hola, Charles. Vengo a ayudarte.

Charles Wiggins parpadeó. Sus labios esbozaron una estúpida sonrisa, aunque en sus ojos existía un siniestro brillo.

—¿Ayudarme?

Stella había dejado la puerta del remolque algo entreabierto. Las cuatro ventanas del *roulotte* estaban protegidas por cortinajes. Reinaba gran desorden en el interior. Latas de cerveza, botellas de *whisky* vacías, héroes del *comic* y revistas de chicas ligeras de ropa. Todo entremezclado.

—Sí, Donald, Quedo ayudarte. Sé que necesitas ayuda y quiero ser tu amiga.

—Mi nombre es Charles.

Stella le miró fijamente a los ojos.

Sin temor alguno.

—Lo hemos descubierto todo, Donald. Donald Calhern. Ése es tu verdadero nombre, ¿no es cierto? Tu padre, Robert Calhern, murió hace unas semanas en la prisión de Atlanta. Tú querías mucho a tu padre, Donald. Lo sé. Tu madre murió al nacer tú. Marchaste con tu padre. Siempre juntos. Por todos los Estados Unidos. De ciudad en ciudad. De circo en circo. Dos buenos camaradas, ¿verdad, Donald? El rostro del individuo se transfiguró.

Sus facciones se deformaron acentuando las prematuras arrugas. Entornó los ojos semiocultando aquel siniestro brillo.

—Sí... mi nombre es Donald Calhern.

—Perfecto. Celebro que no sigas negando.

—Mi padre y yo éramos muy buenos amigos. Yo le seguía a todas

partes.

—Tu padre fue un peligroso asesino, Donald. Mató a varias mujeres. Donald Calhern sonrió.

Un hilillo de baba asomó por la comisura de sus labios.

—Lo sé. Yo presenciaba esos crímenes.

—De pequeño permaneciste algún tiempo en un centro psiquiátrico.

—¿Centro psiquiátrico? Era un manicomio. Mi padre me sacó de allí.

—Hizo mal, Donald. No estabas del todo curado. De haber seguido allí tal vez todo hubiera sido distinto. Doris, Bertha, Elizabeth..., ellas estarían ahora con vida. Pero están muertas.

—Yo no soy culpable de eso.

—¿De veras, Donald?

Calhern se pasó el dorso de la mano por la boca.

Temblaba visiblemente. Diminutas gotas de sudor habían surgido en su frente.

—El verdadero culpable de todo es Brian Hendry. El capturó a mi padre. Por su culpa yo quedé solo. Mi padre fue sentenciado a treinta años de prisión. Yo sabía que no lograría sobrevivir. Que terminaría sus días en prisión. Así ha sido. Muerto..., le aplastaron contra la pared como a una cucaracha. Son todos unos hijos de perra... Hendry es el único culpable.

—Sufres un error, Donald.

Calhern rió en estridente carcajada.

—Hablas muy despacio... casi con miedo..., ¿me tienes miedo, Stella?

—No. Ya te lo demostré en Ellens Park.

—No estoy loco, Stella. No lo estoy.

—Debes acompañarme, Donald. Hablaremos con más tranquilidad.

—¿Detenido? ¿Para volver al manicomio? Les he visto llegar. Tú, Lowell... y el inspector Hendry. El maldito Brian Hendry.

Stella calculó mentalmente el tiempo transcurrido. Debía convencer a Calhern antes que el inspector y Lowell intervinieran. Así evitaría violencias.

—¿Nos vamos, Donald? —interrogó la chica del FBI, con suave voz

—. Nadie te hará daño.

Donald Calhern asintió.

Sonriente.

—Sí... no hagamos esperar al inspector Hendry.

Stella se hizo a un lado para permitir el paso del hombre.

Alerta.

Esperando alguna violenta reacción; pero Donald Calhern sonreía amistosamente. Abrió la puerta descendiendo los escalones del *roulotte*. Permanecía con el brazo izquierdo extendido y pegado al cuerpo.

Stella fue tras él.

Recorrieron la explanada donde se agrupaban los coches y remolques del personal de Garden City.

Brian Hendry y Barry Lowell, junto al «Pontiac», les vieron llegar.

Donald Calhern, luciendo un grueso suéter de manga larga y cuello subido, continuaba con el brazo izquierdo extendido. Rígido.

Stella caminaba tras él.

Llegaron junto al «Pontiac».

—¿Y bien? —inquirió el inspector Hendry.

—Le presento a Donald Calhern —respondió Stella—. Tiene muchas cosas que contarnos.

Barry Lowell avanzó con unas esposas. Hacia Calhern. Éste proyectó súbitamente su puño derecho contra el rostro del

G-men.

Lowell retrocedió ante el brutal impacto escupiendo sangre por la boca.

Donald Calhern se abalanzó sobre el inspector.

Profiriendo un salvaje alarido.

—¡Es mi turno, maldito! ¡Vas a morir...! ¡Es mi venganza! ¡Mi padre te espera en el infierno!

Oculto bajo la manga del suéter, en el brazo izquierdo, estaba el cuchillo. Donald Calhern se apoderó de él con rapidez.

Dispuesto a hundirlo en el corazón de Brian Hendry.

La oportuna intervención de Stella lo impidió. Golpeó a Calhern en la nuca empujándole con violencia. Le obligó a caer. Antes de que pudiera reaccionar le desarmó de un certero puntapié.

El cuchillo kanchar escapó de la mano derecha de Calhern.

Barry Lowell se había apoderado de su

«Smith & Wesson»,

oculto en la funda sobaquera. Acudió junto a Calhern; pero éste se incorporó en ágil salto emprendiendo veloz huida.

—¡Detente, Calhern...! ¡Quieto o disparo!

Donald Calhern no obedeció.

La veloz carrera le llevaba a los remolques cercanos. Su intención era desaparecer entre aquella multicolor serpiente de vehículos.

Barry Lowell, tras intercambiar una mirada con el inspector Hendry, apretó el gatillo.

Apuntando a las piernas de Calhern.

El disparo se produjo justo en el momento en que Calhern tropezaba y caía aparatosamente. Realizó una pirueta que resultó trágica.

La bala destinada a una de sus piernas le alcanzó en la cabeza.

En la nuca.

Stella, Lowell y el inspector corrieron hacia el caído. También de los vecinos remolques se asomaron los primeros curiosos sobresaltados por la detonación.

Donald Calhern quedó con los brazos en cruz. Bajo el sol ya ardiente. La muerte no había logrado borrar la demoníaca expresión de su rostro.

—Yo... apunté bajo... a una de sus piernas.

—Lo sé Lowell —murmuró el inspector Hendry—. El destino también ha jugado su baza. Kanchar ha muerto.

* * *

Varios agentes registraban a conciencia el rojo *roulotte*. Investigaban con toda minuciosidad las pertenencias de Donald Calhern. Ya se había encontrado el estuche. Con cuatro de los artísticos cuchillos.

Sin embargo faltaba uno.

—Tiene que estar ahí. Seguid registrando hasta que aparezca.

—Muy bien, inspector.

El SAC se mesó los cabellos. Contempló alternativamente a Stella y Lowell. Esperando algún comentario.

Procedió de la chica del FBI.

—Puede que Donald Calhern sólo tuviera seis cuchillos.

—El juego consta de siete cuchillos. En el estuche hay siete huecos. Uno de los cuchillos está en el Departamento. Calhern nos atacó con otro. Quedan cinco; sin embargo, en el estuche solo hemos

encontrado cuatro.

—Tal vez se perdiera ese cuchillo que falta. No tenemos la certeza de que Calhern contara con los siete.

—Están escrupulosamente cuidados. Calhern debía sentir obsesión por ellos. Es extraño que guardara el juego incompleto. Era la triste y diabólica herencia de su padre.

George Crawford se aproximó con el rostro demudado. Pálido como un cadáver. Al igual que el resto del personal de Garden City. Todos impresionados por la muerte de Donald Calhern. Horrorizados de haber albergado a tan peligroso asesino.

—La señora Rusell no está en su carromato —dijo Crawford—. Uno de los empleados de la entrada la vio salir a primera hora de la mañana para dar un paseo por Ellens Park. Todavía no ha regresado.

—Tenía entendido que todos los días Calhern la conducía al centro de San Francisco. Aproximadamente a estas horas.

—Cierto, inspector. Por eso me sorprende que aún no haya regresado. Se va a llevar una desagradable sorpresa. Ella apreciaba a Charles. A decir verdad todos le apreciábamos. Nos cuesta creer que Charles Wiggins y Kanchar fueran una misma persona.

—Su verdadero nombre era Donald Calhern.

George Crawford se encogió de hombros.

Sin dar importancia a ese detalle.

—Un elevado número de artistas y empleados de Garden City no utilizan su verdadero nombre. Es corriente entre el mundo del espectáculo.

—¿Conocía usted el verdadero nombre de... Charles? —inquirió Stella.

—No. Cuando yo llegué a aquí me fue presentado como Charles Wiggins. Fue uno de los fundadores de Garden City. Incluso creo que trabajó en el circo con el señor Rusell antes de que éste decidiera construir Garden City. Le ayudó a llevar a cabo la idea.

—Cuando llegue la señora Rusell será conducida por uno de mis agentes al Departamento. Es preciso tomarle declaración para que nos aclare todos los datos posibles relacionados con Donald Calhern.

—Comunicaré su deseo, inspector.

Se encaminaron hacia el «Pontiac».

Nuevamente Lowell se hizo cargo del volante. Empezaron el regreso al Departamento. Iban en silencio. Quedaban algunos cabos sueltos que era preciso investigar.

Barry Lowell, ya próximos al edificio del Federal Bureau of Investigation en San Francisco, rompió el silencio.

—Apuesto doble contra sencillo a que de los cuatro cuchillos del estuche, tres fueron utilizados para asesinar a Doris, Bertha y Elizabeth. Los de laboratorio me darán la razón.

Stella sonrió.

—No apuesto. Juegas con ventaja. Calhern utilizaba un cuchillo para cada víctima. Era un pobre loco. Su enfermiza mente no pudo asimilar la noticia de la muerte de su padre. Su diabólico plan, su deseo de ridiculizar al inspector Hendry, ha costado la vida a tres inocentes muchachas.

—Poco faltó para que terminara también conmigo.

—Cierto, inspector —comentó Stella, aceptando el cigarrillo ofrecido por el SAC—. Me extrañó la rigidez de su brazo izquierdo. También me sorprendió su mansedumbre al entregarse. Se sabía perdido y sin embargo, no intentaba nada contra mí. Su idea era otra. Acabar con usted, inspector. Le consideraba culpable de todo lo ocurrido.

Brian Hendry chasqueó la lengua con apesadumbrado gesto.

—Parece imposible que un hombre pueda almacenar odio durante tanto tiempo. Durante tantos años... Casi he olvidado el lugar donde capturé a Robert Calhern. Yo era en aquel entonces un simple agente.

—Donald estaba muy unido a su padre. Influenciado por él. Testigo de sus monstruosos crímenes. Su correspondencia con Robert Calhern le hacía recordar día a día al causante de su detención.

—Ahora todo ha terminado. Kanchar era un asesino peligroso.

Llegaron al Departamento.

Desde el *parking* privado, y en uno de los elevadores, pasaron a la tercera planta del edificio.

Un individuo en mangas de camisa, al mando de una de las centralitas telefónicas, hizo una seña a Brian Hendry. Tenía el teléfono en su diestra.

—En este momento ha llegado el inspector. No se retire que le paso comunicación.

El individuo tendió el auricular a Hendry.

—Preguntan por usted, inspector.

—¿Quién es, Cliff?

Cliff, el de la centralilla, se encogió de hombros.

—No ha querido decir su nombre, pero ya ha telefonado varias veces. Dice que es un asunto urgente, muy urgente.

Brian Hendry atrapó el auricular.

—Al habla el inspector Hendry.

A través del micro llegó una satánica risa.

—Aquí Kanchar. Quiero rápida comunicación con el inspector Hendry.

* * *

La sangre huyó del rostro de Brian Hendry. Tuvo que apoyarse en la mesa sintiendo vacilar sus piernas.

—Yo soy el inspector Hendry.

—Ya le había oído, inspector —dijo la voz a través del micro—; pero quise pronunciar mis palabras clásicas para convencerle de que yo soy Kanchar. Me ha resultado un pobre diablo, inspector. Me crucé con usted cuando iba camino de Garden City. ¿Pensaba encontrarme allí? Pobre iluso... Yo iba con Sandra Rusell. Mi cuarta víctima.

Henry quedó anonadado.

Mortalmente pálido.

Sin poder reaccionar.

—¡Eh, inspector...! ¿Sigue ahí?

—Sí...

La satánica risa volvió a sonar.

—Sandra no ha tenido tanta suerte como su bella agente Stella Garson. Demostró ser muy peligrosa, inspector. Muy peligrosa. También creo que el cerco se está cerrando sobre mí. He decidido desaparecer. Sandra Rusell ha sido mi cuarta y última víctima. Encontrará el cadáver en el portamaletas de un «Mercury Marauder», estacionado en Magen Road. Frente al cinematógrafo. Bien, inspector. Ésta es también nuestra última conversación. No volveré a llamarle. Me retiro. Ya no habrá más víctimas; pero sobre usted quedará la mancha de no haber atrapado a Kanchar. Cuatro

crímenes quedaron archivados. Sin solución. Sin haber detenido al culpable... Adiós, inspector. Hasta nunca.

La comunicación se cortó.

Brian Hendry quedó unos segundos inmóvil. Con el auricular en su diestra. Lentamente lo tendió al agente de la centralilla.

Stella y Lowell contemplaban intrigados al inspector. Comprendían que algo grave había ocurrido. El temor fue confirmado por las palabras de Brian Hendry.

—Hemos fracasado. Kanchar sigue en libertad.

—No es posible... —murmuró Lowell con voz apenas audible—. Donald Calhern es el culpable. Tenemos las pruebas que...

—¿Pruebas? ¡Ira del Averno! —El inspector Hendry profirió una soez maldición—. ¿Qué pruebas? ¿Los cuchillos? De seguro son las armas homicidas; pero ello no indica forzosamente a Donald Calhern como el asesino. Me atacó a mí. ¿Por qué? Me odiaba por haber enviado a su padre a prisión. Eso es todo. ¿Tenemos pruebas de que fuera Kanchar?

—El confesó...

Hendry interrumpió con un ademán a su subordinado. Clavó una dura mirada en la silenciosa Stella.

—¿Le confesó Donald Calhern haber asesinado a las tres mujeres?

—No lo confesó, pero tampoco negó haberlo hecho cuando yo le acusé. Donald Calhern y Kanchar son una misma persona. Estoy convencida.

Brian Hendry rió en agria carcajada.

—Síganme. Tengo la prueba de que Kanchar sigue en libertad. Otro cadáver. El de Sandra Rusell.

CAPÍTULO X

Sí.

Allí estaba la prueba.

Otro monstruoso crimen del diabólico Kanchar.

Inconfundible en su satánico *modus operandi*.

Sandra Rusell permanecía doblada en el portamaletas. Como un fardo. Con los ojos desmesuradamente abiertos reflejando un indescriptible terror. Con las ropas destrozadas y bañadas en sangre. Cosida a puñaladas. Su cabeza colgaba milagrosamente pese al brutal tajo que seccionaba la yugular. En las pálidas mejillas de Sandra finos trazos sanguinolentos se entrecruzaban en macabros trazos paralelos.

El asesino había utilizado el séptimo cuchillo del estuche.

Brian Hendry continuaba con la palidez marcada en su rostro. Su voz sonó ronca. Dura. Dominada por sorda ira.

—Bien... ahí tienen la prueba. Ese hijo de perra ha vuelto a actuar. Con su demoníaco procedimiento. Ninguna huella, coche robado... Tampoco espero obtener nada del resultado de la autopsia. Ya me las sé de memoria. El muy cerdo habrá...

En ese momento uno de los periodistas logró aproximarse al inspector Hendry.

—¿Piensa presentar su dimisión tras este nuevo asesinato de Kanchar, inspector? ¿Qué explicación va a dar sobre la muerte del supuesto culpable Donald Calhern?

—¡Váyase al diablo!

Dos agentes obligaron a retroceder al periodista.

Todo Magen Road había sido acordonado. Agentes de la Metropolitan Police impedían el paso a los morbosos curiosos. Una ambulancia, paralela al «Mercury», hacía girar su lúia roja sobre la capota.

Dentro de unos minutos se procedería al levantamiento del cadáver. Brian Hendry se pasó una mano por los ojos. Como queriendo borrar aquel espeluznante espectáculo.

—Mi dimisión... sí..., ya están pidiendo mi cabeza —masculló entre

dientes—. Y ahora aún será más difícil atrapar a Kanchar.

Stella fumaba nerviosamente un cigarrillo. Sus facciones, aunque impresionada por el suceso, continuaban siendo de perfecta belleza.

—¿Por qué, inspector? El asesino de Sandra caerá.

—Ya les he narrado mi conversación con Kanchar. Dijo que éste sería su último crimen. Que no volvería a matar y que también finalizaban sus llamadas telefónicas.

—Extraño, ¿no?

—¿Qué insinúa, Stella?

—Nada. Únicamente me sorprende tan repentina decisión en Kanchar. Un sádico asesino. Un peligroso psicópata que de pronto decide desaparecer de escena. No volver a importunar más a su odiado enemigo Brian Hendry. Se retira con todos los triunfos en la mano.

—Ya ha realizado su cometido. Ha ridiculizado y demostrado nuestra incompetencia. Hemos fracasado una vez más. Siempre surgen imitadores. Fanáticos que desean emular las... hazañas de un famoso asesino, pero Sandra Russell fue asesinada por Kanchar. No hay duda. Comentó el ataque a usted, Stella. Sabía la frase de presentación en sus llamadas telefónicas...

—Y tenía uno de los cuchillos de Donald Calhern. ¿Tampoco eso le sorprende?

—No. Sólo nos indica que Kanchar está relacionado con Garden City. Calhern era inocente. Le arrebataban los cuchillos para cometer los crímenes y luego, volvían al estuche.

—Seguiremos investigando entre el personal de Garden City —dijo Lowell con un ánimo que estaba muy lejos de sentir—. Tarde o temprano daremos con Kanchar.

—De eso puede estar seguro, Lowell. No descansaré —dijo Brian Hendry—. Juré no hacerlo hasta que el asesino pagara sus crímenes. Ustedes dos pueden retirarse. Yo me quedaré aquí hasta que los muchachos terminen.

—También nosotros. Creo que...

—¿No me ha oído, Lowell? ¡Retírese! Le espero mañana en mi despacho. Usted puede iniciar los preparativos para su regreso a Nueva York, Stella. Mañana le entregaré un comunicado para su SAC reconociendo su valiosa colaboración. Soy sincero. Es usted un magnífico agente; pero no siempre nos acompaña la suerte.

—¿No quiere que me quede, señor?

—No, Stella. Su presencia fue motivada para servir de cebo a Kanchar. Éste ya no volverá a picar el anzuelo. Los muchachos de la Prensa caerán sobre nosotros como buitres. No quiero que les sirva de pasto. Regrese a Nueva York.

El inspector se alejó.

Stella y Lowell intercambiaron una mirada.

La chica del FBI, ahogó un suspiro.

—Bien... tengo ahí el coche. ¿Te llevo a algún sitio? —Ante la vacilación de Lowell, añadió—: Cumple la orden, Barry. Si te quedas en el «Pontiac» irritarás al inspector.

Aquí tampoco haces nada.

—Sí... creo que tienes razón. Vámonos. Se acomodaron en el «Mustang».

Stella se situó frente al volante.

—¿Adónde, Barry?

—A cualquier sitio. Al primer *snack* que encuentres. Quiero emborracharme en *whisky*. Lo necesito.

* * *

El coche enfiló por Trunds Street. Bordeando el Burnett Square en dirección a Ellens Park. La chica del FBI hizo caso omiso a las protestas de Lowell.

—¡Maldita sea, Stella! ¿Por qué no nos detenemos de una condenada vez? ¿Adónde vamos? ¡Hemos cruzado todo San Francisco!

—Estoy sin tabaco, querido. ¿Por qué no me das un cigarrillo?

—¡Contesta a mi pregunta! ¿Adónde diablos vamos?

—A emborracharte en *whisky*. ¿No es ése tu deseo?

—Sólo quiero olvidar el cadáver de Sandra, el de Doris el de Bertha... Siento deseos de vomitar. Maldito Kanchar... Sucio bastardo de mala madre...

—El cigarrillo Barry.

Lowell extraje su cajetilla de «Pall Mall».

Se llevó un cigarrillo a los labios. Tras encenderlo lo depositó en los

gordezuelos labios de la muchacha. La contempló detenidamente.

—Stella..., ¿cómo puedes estar tan impasible? Tu indiferencia me produce escalofríos.

Los verdes ojos de Stella llamearon fugazmente.

—¿Indiferencia? Estás muy equivocado, Barry. Al igual que tú me domina la ira. También yo sentí deseos de vomitar al ver el mutilado cuerpo de Sandra; pero no quiero solucionarlo con un *whisky* doble. Tal vez decida bañarme en *whisky*... después de que el asesino esté en nuestro poder.

—No te resignas, ¿verdad? Has fracasado, Stella. Al igual que nosotros. No estás acostumbrada y...

Lowell se interrumpió. Arqueó las cejas al ver como se adentraba en Ellens Park. Dirigió una suspicaz mirada a la joven.

—¿Garden City?

—Ajá.

—¿Por qué? ¿Qué esperas encontrar allí? Nuestros hombres ya han terminado en el *roulotte* de Calhern.

—Quiero ver la cara de George Crawford cuando le comuniquemos la muerte de Sandra. Tampoco estaría de más hacerle algunas preguntas. Sandra salió esta mañana a pasear por Ellens Park. Al no ir con Calhern significa que hizo el recorrido a pie. ¿También le esperaba Kanchar agazapado entre los matorrales? Muy extraño, Barry. Todo esto es muy extraño.

El «Mustang» ya cruzó el arco de la empalizada que limita Garden City. El vehículo quedó estacionado en el *parking* de entrada.

Stella y Lowell descendieron.

Un letrero indicador, de «Dirección-Administración», campeaba en uno de los más elegantes barracones. Hacia allí encaminaron sus pasos. Ya próximos al porche, Stella se detuvo extendiendo su brazo derecho.

—¡Eh, Barry...! ¿No es aquél Frank Allerson?

Lowell entornó los ojos.

Fijos en el individuo que penetraba en el pabellón contiguo a la *discotheque*.

—Sí... parece Allerson. ¿Qué diablos hace aquí a estas horas?

—Voy a echar un vistazo —decidió la chica del FBI, separándose de Lowell—. Tú mientras tanto interroga a Crawford.

—Okey.

Stella avanzó con precipitado paso hacia donde viera desaparecer a Frank Allerson. La *discotheque*, pese a permanecer abierta al público, no estaba concurrida. La muchacha empujó la puerta del pabellón contiguo a la sala.

Se encontró en un amplio local sin duda destinado a almacén. Allí se amontonaban voluminosas cajas. Cuatro hombres permanecían en el centro. Examinando una de aquellas cajas. Dos de los individuos eran Crawford y Allerson.

Contemplaron perplejos a la muchacha.

—Buenos días, caballeros —saludó Stella aproximándose con una sonrisa—. La señora Rusell desea hablarle, Frank. Espera en mi coche.

Allerson dio un respingo.

—¿Sandra? ¡No es posible que...!

Frank Allerson no pudo rectificar a tiempo su lamentable error. Enrojeció. George Crawford le fulminó con la mirada.

—¿Qué ibas a decir, Frank? —inquirió Stella sin abandonar la sonrisa de sus labios—. ¿Qué cosa no es posible? ¿La presencia de Sandra Rusell? ¿Por qué no es posible?

—Yo... yo... me pareció haberme cruzado con ella en Nob Hill.

—Mientes muy mal, Frank. ¡Oh!... ¿son bombones? —Stella atrapó la pequeña caja que Allerson tenía en las manos. En su interior, perfectamente ordenados, se veían surtidos bombones—. ¿Puedo tomar uno, señor Crawford?

George Crawford estaba pálido.

Forzó una sonrisa.

—Sí, claro...

Stella procedió a examinar una de las voluminosas cajas del almacén. Estaba repleta de pequeños estuches de bombones.

—¿No son demasiados bombones, Crawford?

—¿Qué insinúa?

—Nada... por el momento. Me llevaré esta cajita al laboratorio. Quiero que sea examinada. Buenos días, señores.

Stella giró.

No había avanzando más de dos pasos cuando sonó la voz.

—No se mueva, Stella. Quieta... o disparo.

La chica del FBI, se detuvo. Dio la vuelta para enfrentarse con George Crawford. Éste la encañonaba con una «Super-Star».

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Allerson tembloroso—. Es un agente del FBI, George.

—No me importa. Acabaremos con ella. Tenemos entre manos un negocio de millones de dólares. No podemos retroceder ante nada.

—¿Cómo ha descubierto lo de las drogas? —murmuró Allerson. Stella sonrió acariciando la cajita de bombones.

—¿Descubrir? Tú me lo acabas de decir, Frank. Yo lo ignoraba, aunque resulta sospechosa tanta cantidad de bombones para los servicios de Garden City. Demasiados para el reparto en el *snack*, la *discotheque*, la sala de fiestas...

—Es ahí donde la suministramos a nuestros agentes. Heroína de la mejor calidad —dijo Crawford sin dejar de encañonarla—. Por todos los Estados Unidos, y sin levantar sospechas. Yo dirijo la mayor organización de tráfico de drogas. Tengo agentes en todos los estados.

—Comprendo. Frank Allerson es tu representante en San Francisco.

—Correcto, nena.

—Y Sandra Russell descubrió tu sucio juego.

Crawford sonrió.

—Eres muy lista. En efecto. Así ocurrió. Sandra me descubrió. Llevaba ya dos años con el negocio de las drogas. Sandra lo ignoraba, pero ayer descubrió la mercancía pese al control de seguridad impuesto. Iba a delatarme a la policía. También yo descubrí a Charles Wiggins. O Donald Calhern, como gustes. Le vi penetrar en su *roulotte* visiblemente excitado. Hablé con él. Donald estaba loco. Me confesó entre risotadas y sollozos que él era Kanchar. Yo no podía creerle, pero me mostró un pequeño diario. Allí tenía anotados uno a uno sus crímenes. Detallaba con espeluznantes datos la muerte de Doris, Bertha y Elizabeth, sus llamadas telefónicas al inspector Hendry... todo allí escrito. También me dijo que te había atacado en Ellens Park, pero que fracasó.

—Muy astuto, Crawford. «Aquí Kanchar. Quiero rápida comunicación con el inspector Hendry». Asesinaste a Sandra creyendo que el nuevo crimen sería achacado al misterioso Kanchar. Para despistarnos comunicaste al inspector la desaparición del asesino. No volvería a matar. Así no nos sorprendería que no hubiera más muertes. Y Kanchar quedaría en el olvido.

—Así hubiera sido.

—No, Crawford. Tarde o temprano...

—Nadie sospecharía de mí. Sandra tenía que morir. Garden City es un magnífico trampolín para el suministro de drogas por todos los estados. Ella me iba a delatar. Fue preciso eliminarla. Me apoderé de uno de los cuchillos de Donald y seguí sus procedimientos. También tú vas a morir, Stella. Una fea muerte...

En ese momento se abrió la puerta del pabellón.

Barry Lowell hizo su aparición. Llevaba en su mano izquierda un pequeño libro.

—¡Al suelo, Barry!

Apenas pronunciadas las palabras de Stella, una bala silbó en busca de Barry Lowell. El

G-men,

en un alarde de reflejos, obedeció a la muchacha. Se arrojó al suelo desenfundando su

«Smith & Wesson».

Stella no había permanecido inactiva. De su bolso extrajo el pequeño revólver buscando el refugio de las cajas cercanas.

Los dos acompañantes de Allerson y Crawford habían sacado a relucir sus armas. Stella disparó sobre ellos. Sin darles tiempo a apretar el gatillo.

Una bala perforó el hombro derecho de George Crawford obligándole a soltar la «Super-Star». Lowell fue el autor del disparo. Frank Allerson, prudentemente, había alzado los brazos en señal de rendición.

Stella abandonó su parapeto.

Dos individuos yacían sin dar señales de vida. George Crawford se retorció como un gusano sujetando su herida.

Barry Lowell se acercó a grandes zancadas. Registró a Allerson sin encontrarle ningún arma. Se dirigió a la chica del FBI.

—Ya me explicarás esto, aunque creo entenderlo. Tengo una sorpresa, Stella. Encontré este libro en el despacho de Crawford. Es un diario. En él...

—En él se narran los espeluznantes crímenes cometidos por Donald Calhern —dijo Stella con una sonrisa—. Por Kanchar. ¿No es eso?

Lowell quedó con la boca entreabierta.

Una vez más rindió admiración a la chica del FBI.

Barry Lowell levantó el vaso de *whisky*.

—Por ti, Stella. Por la más bella agente del FBI.

—Muy amable, Barry.

—Eres algo único, nena. Hace unas horas nadie daba un centavo por el inspector Hendry. Y ahora recibe felicitaciones. Se ha demostrado por medio del diario escrito por el propio Donald Calhern que él fue el asesino de Doris, Bertha y Elizabeth. Todo por rencor hacia Hendry. George Crawford confesó ser el autor de la muerte de Sandra Russell. Hemos desarticulado la más importante red de estupefacientes del país. Todo gracias a Stella Garson.

—Me abrumas, Barry. Yo soy muy modesta, aunque reconozco que todo lo dicho es cierto.

—Stella...

—¿Sí?

La joven permanecía reclinada en el sofá del apartamento. Lowell se acomodó a su lado.

Se reflejó en aquellos verdes ojos.

—¿Cuándo regresas a Nueva York?

—Mañana. Terminado el caso Kanchar, debo reintegrarme a las órdenes de mi SAC.

—Voy a pedir el traslado a Nueva York.

Stella rió en cantarina carcajada.

—Otro agente lo solicitó y le enviaron a Alaska. Desde allí, y pese al frío, me escribe ardientes cartas de amor.

Lowell se había inclinado sobre la muchacha.

La besó en la boca.

—Stella... me gustaría que el destino volviera a reunimos. Vivir juntos otra aventura. —Tal vez ocurra.

—¿Hablas en serio?

Los brazos de Stella se enroscaron en el cuello de Lowell. Entreabrió sus carnosos labios.

—¿Por qué no iniciamos ya la aventura, Barry?

Se unieron de nuevo en un largo y apasionado beso.



Adam Surray, nació en La Coruña el 7 de mayo de 1943. Sin embargo donde ha pasado la mayor parte de su vida ha sido en Valencia, a donde se trasladó su familia en 1948 cuando él era todavía un niño, lo que no impidió que siempre haya seguido ejerciendo de gallego —seguidor del Depor incluido— y que vuelva todos los años, de vacaciones y a comer pulpo, a su tierra natal. Es el seudónimo con el que escribe José López García, un experto en la escritura en ciencia ficción y terror. Escritor habitual en la época dorada de la editorial Bruguera, colaboró con muchos de los textos de la colección La Conquista del Espacio, editada por Bruguera, como Accidente en la Ipsilon-V, Amor y Muerte en la Tercera Fase, Ataúd para un Robot, El Planeta de «No Volverás», Fauna Intergaláctica, entre otros.

Notas

[1] Agente Especial Encargado. < <

[2] Equipo de béisbol de San Francisco. < <

[3] El 25 de octubre, del 1972, Susan Roley (25 años) y Joann Pierce (31 años), ingresaban como los primeros agentes femeninos del FBI.

< <

[4] Cine al aire libre. < <